

# ENSAYO SOBRE LA EPIGRAFÍA GRIEGA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA<sup>1</sup>

Cuando los primeros eubeos se asientan en el promontorio de Monte di Vico, en la isla de Ischia, y comienzan a enterrar a sus muertos en el cercano valle de San Montano, llevaban sin duda ya consigo el alfabeto y un cierto número de prácticas de escritura<sup>2</sup>. Lo mismo cabe decir de los restantes griegos que en fecha posterior emprenden el camino a Occidente y se asientan en distintas zonas de Italia, del Sur de Francia o la Península Ibérica.

Los griegos no eran los únicos colonos o visitantes ocasionales, exploradores o comerciantes, que se interesaban por Occidente en esas fechas; les habían precedido los fenicios, y en muchas zonas no es posible plantearse la interpretación de su presencia sin tener en cuenta juntamente la de sus a veces aliados, a veces competidores, a veces simples testigos indiferentes de su paso.

Los primeros objetos griegos en la Península Ibérica aparecen en la zona sur y no remontan, con contadas excepciones, como un par de fragmentos de cerámica geométrica, más allá del siglo VII a.C.<sup>3</sup>. Es característico de estos primeros objetos griegos el que aparezcan en ambientes claramente fenicios, o al menos en los que la influencia fenicia se hace sentir con cierta intensidad. En efecto a partir del siglo VIII, quizá ya en su primera mitad, los fenicios están estableciendo factorías en las costas andaluzas del Mediterráneo y sus productos aparecen en los ajueres de la cultura local del S.O. de la Península Ibérica a la vez que influyen en su desarrollo. En Huelva los fragmentos de cerámica geométrica griega ya mencionados pertenecen a ese contexto, y en él o en las propias factorías fenicias aparecerán los objetos griegos del siglo VII a los que inmediatamente he de referirme. No sabemos quiénes eran los portadores de esas mercancías griegas<sup>4</sup>; han podido llegar en embarcaciones fenicias, han podido hacerlo en embarcaciones griegas a las que se permitiese abordar en los puertos fenicios o indígenas. En realidad desconocemos los detalles del comercio de la época, pero en todo caso los indicios que tenemos parecen indicar que no

<sup>1</sup> En espera de la aparición de un corpus de la epigrafía griega de Hispania, las referencias introducidas por EGH reenvían al repertorio contenido en de Hoz, M.<sup>a</sup> P.: en prensa: «Epigrafía», donde pueden hallarse amplias indicaciones bibliográficas. Este trabajo se ha realizado dentro de los proyectos financiados por la DGICYT PB90-0623 y PB93-0453, pero en él he utilizado en parte una vieja conferencia, «Griechische Epigraphie in Spanien» (Universidad de Würzburg, primavera de 1983), por lo que quiero hacer constar mi agradecimiento a las observaciones que en aquella ocasión me hicieron algunos colegas, en especial E. Simon y W. Neumann.

<sup>2</sup> Ridgway sorprendentemente no se plantea la cuestión en su bello libro sobre Pithekoussai (Ridgway: 1984: *L'alba*). Los materiales epigráficos tempranos del lugar en Jeffery: 1990: *The Local*, 235-6, 239, 453-4, y Powell:

1991: *Homer*, 123-9 y 163-6. El testimonio posible más arcaico de escritura alfabética griega en Italia: Bietti Sestieri, A.-M.: 1992: *The Iron-Age*, 184-5; Holloway, R. R.: 1994: *The Archaeology*, 112; Cornell, T. J.: 1995: *The Beginnings*, 103.

<sup>3</sup> Rouillard, P.: 1991: *Les Grecs*, 21-33; Sanmartí: 1995: «La présence», 72; Cabrera, P.: 1995: «Cerámicas», 389.

<sup>4</sup> Es claro que los fenicios jugaban el papel principal, pero la tendencia a considerarlos únicos protagonistas (p. ej. Shefton, B. B.: 1982: «Greek», 339-43; Blech: 1990: «Los griegos», 474-6; Sanmartí: 1995: «La présence», 72-3) y a sustituirlos radicalmente por mercaderes griegos a fines del s. VII (Cabrera, P.: 1995: «Cerámicas», 389, 391-3) es quizá excesiva. Una postura matizada en Rouillard: 1991: *Les Grecs*, 87-98.

existían áreas reservadas y sí un internacionalismo difuso similar al que en buena medida caracterizará a los marinos de altura en épocas posteriores. En todo caso es seguro que los fenicios llevaban a los griegos la ventaja del asentamiento en factorías propias, cercanas a los mercados occidentales del metal, de la misma forma que los griegos se adelantaron en el establecimiento de factorías cercanas a los mercados etruscos, y es probable dada la densidad relativa de importaciones fenicias y griegas, y la presencia de éstas últimas en yacimientos fenicios occidentales, que una mayoría de ellas haya llegado en naves semitas, al menos durante el siglo VII.

Este siglo tiene para nosotros el interés de proporcionarnos el primer epígrafe griego de la Península. A esa época remontan una serie de bronce y cerámicas, entre ellas los fragmentos de ánforas áticas del tipo denominado SOS, de Huelva, Guadalhorce y Toscanos<sup>5</sup>. En concreto es uno de estos fragmentos el que nos interesa más directamente.

Toscanos es una factoría situada en lo que en tiempos fue la desembocadura del Río de Vélez, en Málaga, y que remonta aproximadamente al 750 a.C.<sup>6</sup>. Hacia fines del siglo VIII la factoría alcanza una importancia considerable que mantiene hasta su abandono a comienzos del siglo VI, aunque no creo particularmente probable que se deba identificar Toscanos con la Mainake de las fuentes antiguas<sup>7</sup>.

En la campaña de 1967 aparecieron varios grafitos cerámicos que inicialmente fueron interpretados, en su totalidad, como fenicios. Creo haber demostrado que uno de ellos no era tal sino griego (EGH 16.1)<sup>8</sup>. Se trata de tres letras grabadas en un fragmento del cuello de un ánfora ática de almacenaje de líquidos, de las llamadas popularmente SOS por su decoración característica. El carácter ático de estas ánforas está definitivamente comprobado desde hace tiempo<sup>9</sup>, aunque la investigación reciente, ayudada por las técnicas de análisis de pastas cerámicas, está determinando algunos grupos de imitaciones no áticas.

Con cierta frecuencia sobre estas ánforas aparecen grafitos que a menudo son también áticos<sup>10</sup>. Hasta la fecha estos grafitos han aparecido en Atenas<sup>11</sup>, Corinto (110, vid. n. 9), Halieis en la rivera oriental del golfo argólico (111), Oisymne en Tracia (112), Esmirna (113), Salamina de Chipre (114), Tell Defenneh en Egipto (115), Ischia (115-6), Metaponto, Metauro, Mylae (117), Megara Hyblaea, Siracusa (118), Camarina (118-9), Gela, Vulci (119), Cerverteri (119-20) y el citado de Toscanos. La distribución de los grafitos nos da ya una idea relativamente clara de la distribución de las ánforas; tan sólo conviene añadir Ibiza y el islote de Mogador en la costa atlántica de Marruecos, donde han aparecido numerosos fragmentos aunque ninguno con grafito.

Muchos de estos grafitos son con seguridad áticos, otros pueden serlo, algunos, pocos, con seguridad no lo son<sup>12</sup>. Nueve de entre ellos conservan copleteo un nombre personal en genitivo, en algunos casos acompañado de εἰμί; es decir se trata de inscripciones de propietario. Junto a los nombres completos encontramos marcas o abreviaciones también completas e inscripciones fragmentarias. Las primeras no muestran indicios de ser marcas de valor o capacidad, las se-

<sup>5</sup> Rouillard: 1991: *Les Grecs*, 24-7 (cerámicas), 28-9 (bronces); Cabrera: 1995: «Cerámicas», 389-90.

<sup>6</sup> Niemeyer: 1986: «El yacimiento».

<sup>7</sup> Niemeyer, H. G.: 1979-80: «A la búsqueda»; 1980: «Auf der Suche».

<sup>8</sup> de Hoz, J.: 1970: «Un grafito».

<sup>9</sup> Johnston, A. & Jones, R. E.: 1978: «The "SOS"», 123-8.

<sup>10</sup> Guarducci, M.: 1952: «Inscrizioni».

<sup>11</sup> Johnston, A. & Jones, R. E.: 1978: «The "SOS"», 108-10; las indicaciones de páginas que siguen en el texto se refieren a este artículo.

<sup>12</sup> Johnston, A. & Jones, R. E.: 1978: «The "SOS"», 131-2.

gundas pueden a menudo ser restos de inscripciones de propiedad como las conservadas completas.

Incompleto y resto de un nombre de propietario es el grafito de Toscanos. Contiene sólo tres letras, ]τορ[, en sí poco significativas pero su ductus coincide con el característico de la epigrafía ática de la primera mitad del siglo VII. Podría tratarse por ejemplo del genitivo, o nominativo si conservamos la última letra, de un nombre propio en -τωρ.

Aceptado el hecho de que un ateniense había grabado su nombre en un ánfora que aparece en una factoría fenicia de la costa sur de España, en una fecha temprana dentro del siglo VII, inevitablemente se plantea la cuestión de cómo llegó el ánfora a Toscanos y de qué sentido tienen los numerosos grafitos atenienses aparecidos fuera del Atica.

Es difícil de creer que esos grafitos sean obra de exportadores atenienses, de emigrantes, o de marinos o viajeros procedentes del Atica. Es claro que muchos grafitos son de propietario, no de comerciante, no sólo por el nombre personal sino por la utilización de la fórmula τοῦ δεῖνα εἰμί, pero no hay indicios arqueológicos en esta época de emigración ateniense o de marinos atenienses en aguas lejanas a las propias. Por otro lado hay que tener muy en cuenta que las ánforas aparecen aisladas fuera del Atica, sin ningún otro objeto ateniense que las acompañe, lo que parece indicar que no viajaron conducidas por atenienses, y que la justificación de su amplia distribución hay que buscarla no en ellas mismas sino en su contenido, que como argumentó Vallet<sup>13</sup>, debió ser el aceite, exportado desde Atenas en navíos no atenienses.

La explicación de los grafitos áticos debe por lo tanto situarse no en el trayecto sino antes de la partida, en la propia Atica. Se trata en efecto de testimonios de una propiedad privada, de una relación directa entre el ánfora y un propietario ateniense o que escribe en ático. Aunque obviamente no estemos en condiciones de precisar esa relación cabe moverse en un marco reducido de hipótesis, o un propietario marcaba las ánforas donde guardaba su propia cosecha con independencia de que fuese luego a vender una parte de ella, o existía alguna forma de acumulación del aceite de distintos productores antes de ser recogido por los mercaderes que hacía aconsejable con vistas al pago posterior que las ánforas, o los grupos de ánforas, llevasen una indicación explícita de su propietario original<sup>14</sup>.

¿Cómo y por quién se ha producido entonces la exportación? A falta de datos directos el indicio más importante con que contamos es la distribución de las ánforas SOS ya mencionada. En ella, y prescindiendo de los vecinos inmediatos de Atenas, encontramos un ámbito oriental considerablemente extenso, tal vez divisible en distintas zonas comerciales, dos mercados italianos, a un lado y otro del estrecho de Mesina, y finalmente el extremo Occidente.

De las explicaciones que se han buscado para esa distribución, varias deben ser correctas siempre que no se pretenda generalizarlas. Naves corintias han transportado sin duda ánforas áticas a Sicilia, como los eginetas han debido ser responsables de una buena parte de las aparecidas en Naucratis, pero ninguna explicación puede dar cuenta de la totalidad de los ámbitos en que aparecen las ánforas, y no se puede descartar, cuando se identifican intermediarios habituales en un

<sup>13</sup> Vallet, G.: 1962: «L'introduction», 1557-60. Niemayer: 1984: «Griechische», 214, mantiene que estos recipientes contenían vino, lo que no es imposible en parte pero tampoco necesario, cf. Ruiz Mata, D.: 1995: «El vino», 181. Datos sobre el volumen relativo de aceite y vino importado en el sur de España en el s. VI en Cabrera: 1995: «Cerámicas», 390.

<sup>14</sup> Matizo un tanto la interpretación que di en de Hoz: 1970: «Un grafito», 105-7, aunque la imagen de la situación en el Atica de p. 107 me parece que sigue siendo válida y perfectamente compatible con lo aquí propuesto.

ámbito concreto, que no hayan existido, de forma ocasional o sistemática, otros proveedores de la misma mercancía.

La combinación de cerámicas que encontramos en Toscanos o Mogador tiene su mejor paralelo en Naucratis y al-Mina o, como ha mostrado Shefton<sup>15</sup>, en los yacimientos calcidios de Italia central, de donde según él procederían por intermedio del comercio fenicio las ánforas más occidentales. La hipótesis de Shefton no es improbable, pero también podemos suponer que las ánforas SOS que aparecen en Occidente pertenecen a un mismo circuito comercial que las que aparecen en las zonas más orientales del Mediterráneo. Sin que por el momento sea prudente hacer propuestas concretas<sup>16</sup>, debemos ver en estas ánforas andaluzas un testimonio más de las relaciones mercantiles en las que participaban los fenicios de la época.

El grafito griego de Toscanos no implica en todo caso la presencia estable y permanente de griegos capaces de escribir su lengua en la Península Ibérica; haya llegado en un navío griego o fenicio, no significa nada como testimonio de una epigrafía griega de Hispania o en el ámbito de los contactos culturales entre griegos e indígenas. Precisamente por esas fechas, si no antes, nacia la primera escritura hispánica, la meridional que quizá podríamos llamar tartésica, y, como he intentado mostrar en otros lugares, los estímulos que determinaron su nacimiento son exclusivamente fenicios<sup>17</sup>, no griegos, al menos de manera directa.

En efecto la transmisión de la escritura exige algo más que contactos aislados con mercaderes; es preciso, y en ello insistiré más adelante, una relación más estrecha que dé lugar a individuos bilingües y partícipes de las dos culturas que van a protagonizar el préstamo. Durante el siglo VII no existieron al parecer esas relaciones entre griegos e indígenas en Hispania, y lo mismo puede decirse del sur de la Península en gran parte del VI, aunque hallazgos recientes de Huelva demuestran la importancia del comercio de cerámica griega de lujo en la zona<sup>18</sup>, representada no sólo por vasos áticos sino también por piezas jonias de Asia Menor, lo que inevitablemente debe ponerse en relación con las noticias que transmite Heródoto sobre la presencia de foceos, por esas fechas, en el reino de Tartessos.

Los datos que nos transmite el historiador son básicamente los siguientes (I 163): los foceos descubrieron Iberia y Tartessos; en Tartessos consiguieron la amistad del rey Argantonio que les ofreció tierra para establecerse en su reino y, al no aceptar aquéllos su invitación, les ofreció plata para construir la muralla de Focea; Argantonio vivió ciento veinte años, reinó ochenta, y ya había muerto (I 165) cuando Focea fue tomada por los persas hacia el 540 a.C.

La figura del rey longevo y extraordinariamente rico, que pervive en la tradición griega (Anacreonte 361 P. = Str. III 2. 14)<sup>19</sup>, puede tener ribetes de leyenda e incluso estar contaminada con motivos folklóricos. La historia de la muralla, como se ha señalado a menudo, plantea dificultades cronológicas y no puede ser aceptada al pie de la letra; personalmente creo que esta historia no es probablemente sino una fabricación jonia antigua que habría seguido más o menos estas líneas de desarrollo: los foceos han construido una muralla, obra importante y que implica un gasto extraordinario, los foceos tienen relación con un país y un rey de riqueza proverbial, la explicación folklórica habitual de la riqueza debe ser válida también en este caso, es decir los focenses han recibido su muralla como regalo de ese rey más o menos legendario, que se comporta como el

<sup>15</sup> Shefton, B. B.: 1982: «Greeks», 342.

<sup>16</sup> Prudencia que falta en de Hoz: 1970: «Un grafito», 107-9, aunque tampoco se puede excluir radicalmente la posibilidad de lo allí propuesto.

<sup>17</sup> En último lugar, de Hoz: 1995: «El origen».

<sup>18</sup> Olmos, R. & Garrido, J. P.: 1982: «Cerámica», y la bibliografía posterior cit. en n. 7.

<sup>19</sup> Referencias más tardías a la longevidad de Argantonio están recogidas en el aparato crítico de Page.

«donante» del cuento popular; en todo caso permanece el dato de la muralla cuyo coste impresionó a los contemporáneos, y de la cronología de Argantonio<sup>20</sup>.

Si prescindimos de los elementos novelescos que acabo de señalar nos quedan los siguientes hechos: los foceos llegaron a Tartessos y establecieron una relación con ese territorio tan superior a la de los otros griegos que se pudo hablar de descubrimiento; los foceos no se establecieron en Tartessos, no colonizaron, es decir por implicación, sus relaciones eran puramente comerciales; esas relaciones comerciales fueron tan ventajosas que dieron origen a una auténtica leyenda.

Como vemos Heródoto niega explícitamente la colonización focea de Tartessos; no sería imposible sin embargo que, al menos durante el período de máximo tráfico comercial, que no parece haber alcanzado fines del siglo VI<sup>21</sup>, existiesen en algún o algunos puertos indígenas pequeños enclaves foceos, y desde luego, dadas las condiciones de la navegación de la época, no sería extraño que tripulaciones foceas hubiesen tenido que invernar en Andalucía. Pudo darse así un contacto cultural importante que sin embargo, desde el punto de vista que aquí nos interesa, el de la historia de la escritura y los usos epigráficos, parece haber dejado escasas huellas, aunque existen textos griegos, por mínimos que sean, relacionados con este comercio cerámico del siglo VI en el S.O.

Un grafito griego arcaico procedente de territorio tartesio que tiene alguna posibilidad de haber sido inscrito en Occidente, es el recientemente publicado por Olmos (EGH 22.1)<sup>22</sup>. Se trata de un grafito incompleto, grabado sobre el borde exterior de un cuenco amarillento fabricado a torno, hallado en una excavación de urgencia en el solar de la calle Puerto n.º 9 de Huelva, en un estrato fechado por el excavador en la primera mitad del s. VI<sup>23</sup>. No existen datos que permitan esclarecer en qué lugar se realizó la inscripción; en el supuesto de que hubiese sido en la propia Huelva tendríamos que aceptar no sólo que hasta allí había llegado un griego, más concretamente un jonio, conocedor del alfabeto, lo que a priori es presumible en el periodo de máxima densidad de hallazgos griegos en Huelva y de más seguras referencias literarias a la presencia de jonios en Andalucía oriental, sino que ese jonio tenía motivos para escribir en Huelva. La inscripción por desgracia es tan fragmentaria que no nos permite ir muy lejos; Olmos ha obtenido de ella todo lo que puede en mi opinión dar por ahora. Probablemente se trata del final de una palabra seguida de otra que puede estar completa, en cuyo caso sería un dativo de un posible N(ombre de) P(ersona) ajeno al repertorio griego. Los paralelos utilizables hacen pensar en una inscripción votiva, «(NP) dedicó a *Niethos*» o en un don, «(NP) donó a *Niethos*». En el primer caso *Niethos* sería una divinidad, pero esperaríamos indicios arqueológicos que identificasen el contexto del hallazgo como santuario, y por otro lado sería muy llamativo el que la ofrenda no se refiriese a una divinidad griega, como es normal en otros casos en que mercaderes griegos dedican cerámicas en establecimientos extranjeros como Gravisca o Naucratis (vid. infra). En el segundo, *Niethos* sería un varón de nombre no griego pero helenizado en su morfología, y habría que pensar que estaba en condiciones de comprender la inscripción que le dedicaba su posible huésped y cliente griego. Por desgracia todo esto no pasa de meras posibilidades, porque como ya he dicho la inscripción

<sup>20</sup> El nombre de Argantonio ha dado lugar a bastantes especulaciones históricas; conviene tener en cuenta que no conocemos su versión indígena sino la forma en que lo interpretaron, y transmitieron a otros griegos, los focenses, es decir jonios del norte, conocedores del monte Ἀργανθώνειον o Ἀργανθώνιον y de la fuente Ἀργανθώνειος en Bitinia, y tal vez de la historia mitológica de la doncella Ἀργανθώνη, la esposa de Reso,

que con ellos estaba relacionada (vid. las referencias en Pape, W. & Benseler, E.: 1863-1870<sup>3</sup>: *Wörterbuch*, s. vv.)

<sup>21</sup> Cabrera, P.: 1995: «Cerámicas», 391, y ya Olmos, R. & Garrido, J. P.: 1982: «Cerámica», 258.

<sup>22</sup> Fernández Jurado, J. & Olmos, R.: 1985: «Una inscripción».

<sup>23</sup> Cabrera, P.: 1995: «Cerámicas», 390, lo considera un cuenco milesio.

no proporciona una interpretación segura. Existe todavía otra inscripción de la misma fecha y procedencia, pero grabada en el interior de una copa jonia y carente hasta la fecha de lectura, por lo que no insistiré en ella (EGH 22.2)<sup>24</sup>, y al mismo ámbito cultural corresponde la del yacimiento fenicio de Guadalhorce (EGH 17.1), que he publicado recientemente y sobre la que no insistiré aquí<sup>25</sup>.

Otros grafitos, que corresponden a la perduración más reducida del comercio griego en el siglo V, son la autoaclamación en la copa de Medellín obra de Eucheiros<sup>26</sup> y el nombre de Atenea en el fragmento de Huelva atribuido por Olmos a Clitias<sup>27</sup>, pero se trata, como en el caso del grafito de ánfora SOS, de epígrafes que han llegado a Hispania ya redactados, y que no nos dicen nada sobre los hábitos epigráficos de la Andalucía del siglo V. A lo sumo plantean el problema de qué reacciones pudieron suscitar en los indígenas del extremo Occidente que poseían ya su propia escritura.

No es pues en Andalucía donde podemos encontrar testimonios más directos de la escritura griega utilizada in situ. En otras zonas de la Península sin embargo, concretamente en Cataluña, se produjo a comienzos del s. VI un hecho de extraordinaria importancia desde ese punto de vista. En el primer cuarto de ese siglo los focos, que quizá buscando el control de la ruta continental del comercio del estaño, via Sena-Ródano, habían fundado Massalia pocos años antes, se instalaron en una pequeña isla de la costa del Ampurdán que convirtieron en un *emporion*, un mercado, cuyo crecimiento haría necesario pocos años después el traslado a la costa vecina y daría lugar a la ciudad de Ampurias<sup>28</sup>.

Sin embargo el efecto de la colonia sobre los indígenas no parece haber sido importante en los primeros tiempos. Cuando a fines del s. V encontramos el primer testimonio de escritura entre aquéllos, en el cercano poblado de Ullastret (MLH C.2.30), no será el alfabeto griego el utilizado sino la escritura ibérica, que quizá ha llegado a Cataluña ya plenamente desarrollada desde la zona S.E. de la Península junto con las restantes características de esa cultura, que debió nacer allí como evolución de la cultura del Bronce Final en contacto con las influencias fenicias y griegas, y bajo la influencia también de la cultura andaluza tartésica.

La epigrafía ampuritana por desgracia no es muy rica ni en el número ni en el estado de conservación de sus epígrafes, y además la fecha de lo que ha llegado hasta nosotros es relativamente avanzada, ya que son pocos los documentos anteriores al siglo IV y a menudo se trata de epígrafes de época ya romana<sup>29</sup>. Entre los pocos textos anteriores al IV están algunos grafitos en la base de piezas cerámicas que corresponden a marcas comerciales, alguna de las cuales ha sido confundida con una inscripción ibérica<sup>30</sup>, como el grafito de un mercader griego en la base de un lequito ático de figuras negras, del grupo de Haimon<sup>31</sup>, es decir del segundo cuarto del s. V. El grafito consta de una *sigma*, marca del comerciante, y tres flechas enlazadas<sup>32</sup>. La flecha constituye una variante de la letra *delta* con valor de *deka*, «diez», utilizada con cierta frecuencia en inscripciones

<sup>24</sup> Fernández Jurado, J.: 1984: *La presencia*, 32.

<sup>25</sup> de Hoz, J.: 1994: «Apéndice».

<sup>26</sup> Olmos, R.: 1977: «La kylix», 882 y bibliografía anterior cit. en pp. 867-8.

<sup>27</sup> Olmos, R. & Garrido, J. P.: 1982: «Cerámica», 249.

<sup>28</sup> Sanmartí-Grego, E.: 1982: «Les influences»; 1990: «Emporion».

<sup>29</sup> En espera de la publicación de un corpus actualizado de la epigrafía griega ampuritana vid. Almagro

Basch, M.: 1952: *Las inscripciones*; la epigrafía latina, incluidos algunos bilingües greco-latinos, está recogida en Fabre, G., Mayer, M. & Rodà, J.: 1991: *Inscriptions*, y las ibéricas en MLH III 2 C.2.

<sup>30</sup> Almagro Basch, M.: 1952: *Las inscripciones*, 80, n.º 14; García y Bellido: 1948: «La inscripción».

<sup>31</sup> Trias, G.: 1967-68: *Cerámicas I*, 67-8, n.º 117.

<sup>32</sup> Johnston: 1979: *Trademarks*, 18-9 y n. 31 (tipos 9F y 10F).

numerales, es decir el mercader había enviado una partida de treinta vasos. Pero tanto la forma de la *sigma* como la flecha existen en la escritura ibérica, donde representan respectivamente *s* y *u*; de ahí la confusión.

En todo caso estas marcas, grabadas probablemente en el punto de partida de la mercancía, corresponden a las técnicas esotéricas de los mercaderes y ni forman parte propiamente de la epigrafía griega de la Península ni han debido jugar un papel en la transmisión de la cultura griega al mundo indígena. Su estudio puede revelarse sin embargo decisivo en el futuro para conocer las relaciones mercantiles de los griegos de occidente con la metrópoli, y ya desde ahora se prestan a ciertas observaciones curiosas.

El conjunto de marcas comerciales más significativo que ha aparecido, no en territorio español sino en sus aguas territoriales, corresponde al pecio del Sec<sup>33</sup>, resto de un barco, probablemente púnico, hundido en la bahía de Mallorca en la primera mitad del s. IV, con un cargamento bastante diversificado del que formaban parte sustancial ánforas y vasos mercancía. De los cincuenta y cinco grafitos recuperados del pecio, veinticuatro o veinticinco son griegos y representan los tipos más normales de grafito mercantil<sup>34</sup>, numerales relativos a las partidas de que formaba parte el recipiente en que están grabados, abreviaturas formadas por una o dos letras, a veces acompañadas de meros diseños geométricos y representativas de un determinado mercader, y combinaciones de ambos tipos. Faltan sin embargo al parecer las indicaciones de precios. Los restantes grafitos son marcas no alfabéticas y grafitos púnicos.

La interpretación más verosímil de la presencia de grafitos mercantiles púnicos y griegos en un mismo cargamento es, a mi modo de ver, la existencia de al menos un doble circuito en la distribución de las cerámicas que constituían una parte significativa del cargamento; en un primer momento mercaderes griegos habrían marcado en Grecia piezas que enviaban o transportaban a un punto más o menos occidental, Italia, Sicilia, tal vez Cartago, mientras que en un segundo momento, en alguna de esas zonas, mercaderes púnicos habrían adquirido para redistribuir una parte de esas cerámicas y habrían marcado algunas piezas a la manera griega. El barco del Sec podría ser un barco púnico con cargamento exclusivamente púnico o con cargamento mixto, es decir llevando a bordo algunos *emporoi*, «pasajeros», griegos con su mercancía, junto a otras mercancías ya adquiridas por púnicos.

Todavía falta mucho para que el estudio de los grafitos permita establecer relaciones entre zonas comerciales, a partir de la presencia en varias de grafitos que impliquen la presencia de un mismo mercader. Hay paralelos para los grafitos del Sec tanto en el norte de Africa como en el sur de Francia, pero son todavía demasiado imprecisos para construir nada sobre ellos. Sí resulta llamativa sin embargo la reiterada presencia en el Sec de una *sigma* de ángulos muy cerrados, que reaparece en cerámicas de Alcoy y Ullastret; tal vez tengamos aquí la huella de un mercader griego o una familia, una «empresa», activa en esta zona del Mediterráneo o proveedora de otra «firma», púnica en este caso, que recibiría sus productos en el Mediterráneo central y los redistribuiría en la Península. Pero el empleo de expresiones como «firmas» o «empresas» no debe dar lugar a una falsa impresión. En realidad no pretendo saber qué volumen de comercio pasaba por las manos de un mercader medio de los representados en el pecio del Sec, y creo que la utilización de los grafitos mercantiles para sacar conclusiones generales de historia económica es muy prematura.

<sup>33</sup> Arribas et alii: 1987: *El barco; Grecs et ibères*. 1987, 15-147.

<sup>34</sup> En general Johnston: 1979: *Trademarks*, aunque sus clasificaciones no son siempre claras.

En cuanto a las piezas aisladas, merece la pena referirse a un par de casos. Un pequeño vaso ampuritano presenta en el pie una marca perteneciente al grupo 8F de la clasificación de Johnston, es decir las que consisten en la abreviatura de  $\rho\iota\kappa\acute{\iota}\lambda\omicron\varsigma$ <sup>35</sup>; su interés estriba en el numeral inscrito sobre la marca, «150», es decir que se trata de la partida mayor de vasos decorados conocida que haya enviado nunca desde El Pireo un comerciante. Es curioso sin embargo que no sean los vasos de figuras los que más frecuentemente aparecen con marcas comerciales en occidente sino los de barniz negro; de hecho ninguno de los numerosos vasos de figuras del Sec lleva marca, todas corresponden a vasos de barniz. No podemos sin embargo sacar conclusiones de este hecho porque en otras zonas apenas si se han estudiado las marcas en este tipo de vasos, ya que el interés se ha concentrado en los de figuras, y no sabemos si existe algún patrón cronológico o geográfico en la mayor frecuencia de las marcas en un tipo de vaso u otro.

Otro caso curioso es el de un vaso de Galera (Almería), de fines del s. V o principios del IV, que nos muestra a un comerciante fenicio imitando no sólo las prácticas mercantiles de los griegos, como ya hemos visto en El Sec, sino el detalle mismo de la forma de una marca, un largo trazo transversal, y lo que es más importante, tomando en préstamo posiblemente el nombre griego del vaso<sup>36</sup>. En efecto los primeros cuatro signos de la inscripción fenicia, léidos de derecha a izquierda, son con gran probabilidad *kertr*; puesto que el vaso es una cratera la conclusión, que debemos a Johnston, parece obvia.

En todo caso estos testimonios, incluso los que proceden de Ampurias, son una vez más ajenos a la actividad epigráfica de los griegos en la propia Península Ibérica; han llegado a ella ya escritos. Los testimonios directos del uso de la escritura por parte de los griegos anteriores a la época romana que poseemos en Hispania —y en la zona del sur de Francia que por razones históricas no puede ser separada de Cataluña— son escasos y hasta hace poco no había entre ellos ninguno de cierta trascendencia, pero a la vez tenemos testimonios indirectos de importancia considerable, y de un gran significado histórico cultural. En efecto, un rasgo notable de la epigrafía ibérica es la clara influencia griega que reflejan sus usos, y que se manifiesta en la adopción de ciertos tipos de documento, esencialmente de carácter mercantil o al menos práctico, en la disposición formal de esos documentos e incluso en su soporte material.

De hecho el testimonio de la influencia epigráfica griega que por su carácter se presta más fácilmente a un estudio arqueológico es el uso de láminas de plomo como soporte de escritura. El mapa de distribución de esas láminas en la Península Ibérica y el sur de Francia comprende Agde, Pech-Maho, Ampurias y Rosas por una parte, en las que han aparecido epígrafes en plomo propiamente griegos, y de otra toda la franja levantina, desde Almería hasta los Pirineos y más allá a lo largo del territorio ibérico del sur de Francia<sup>37</sup>, donde se encuentran plomos en lengua indígena aunque en distintas variedades de escritura<sup>38</sup>. Existe por otra parte un plomo procedente de Acinipo (Ronda, MA), conservado en el Museo de Málaga, que aunque indescifrable hoy día parece haber estado escrito<sup>39</sup>.

<sup>35</sup> Johnston: 1979: *Trademarks*, 18, 156 (n.º 12) y 225.

<sup>36</sup> Johnston: 1979: *Trademarks*, p. 18, catálogo: tipo 18C n.º 52; 1978: «Some», 82-3.

<sup>37</sup> Plomos galos: Lejeune, M.: 1985: *Recueil*, G-116 (contenido indeterminado), G-198 (membrete), G-269 y G-270 (votivos), MLH II pp. 379-80 (resto de un documento de cierta longitud, quizá carta); G-199, que desde luego no está escrito en alfabeto galo-griego, podría

ser fenicio. Para los plomos ibéricos en general ver MLH III 1, 129-31 y de Hoz: 1993: «Las sociedades», 20-1.

<sup>38</sup> En MLH III 2, 514, se transmite una noticia de Fletcher sobre un plomo fenicio de Los Villares (Caudete de las Fuentes V) del que carezco de datos.

<sup>39</sup> Agradezco esta noticia a R. Puertas.

Ya en este primer enunciado, un tanto general y vago, la distribución es muy significativa, pero si precisamos más observaremos que existen dos focos de máxima densidad en los hallazgos de plomos ibéricos, uno en torno a Ampurias y en la prolongación francesa de su área comercial, en territorio de colonización focea indiscutible, y otro entre Castellón y Alicante, en un territorio cuyo interés desde el punto de vista de la presencia griega en Hispania aún tendremos que reconsiderar en breve.

En cuanto a la cronología de los plomos, es obvio que el uso arraigó fuertemente entre los íberos puesto que existen testimonios numerosos de fecha avanzada, ya a las puertas de la romanización, pero lo que nos interesa ahora son los testimonios más antiguos. En el área contestana existen plomos del siglo IV, como el de Mogente (MLH G.7.2) y en general los greco-ibéricos (vid. infra). Lo mismo puede decirse del sector norte del mismo foco levantino, concretamente de algunos de los hallazgos de Orleyl (MLH F.9.5-7), no lejos de Castellón. En cuanto al grupo del Ampurdán, no parece que por el momento se pueda atribuir ningún plomo a fecha tan remota<sup>40</sup>, sino que en la escasa medida en que se les puede datar parecen corresponder al s. III final, como el conjunto de Pech-Maho<sup>41</sup>, y a fechas posteriores. Es éste naturalmente un argumento *ex silentio* de poco valor dado que no sabemos prácticamente nada de las condiciones de archivo y de reutilización de los plomos, que constituirían la primera circunstancia a favor o en contra de su conservación, sobre la que luego actuarían otras, ocasionales y debidas al azar, como acontecimientos políticos, destrucciones, abandonos de asentamientos, condiciones del terreno en que quedaron depositados los epígrafes, intensidad de la exploración arqueológica, o buena fortuna de un prospector legal o ilegal.

Basta pensar en el relativamente reducido número de plomos griegos conservados para darse cuenta de que lo notable en el caso de los plomos ibéricos no son las ausencias sino las presencias, la abundancia de testimonios y la relativa antigüedad de algunos de ellos. A lo sumo podemos pensar que existe una cierta tendencia en la densidad y cronología de esos testimonios que aconseja ver en la zona alicantino-valenciana el núcleo original del préstamo griego que se habría producido no más tarde de fines del s. V, ya que no parece lógico esperar que se nos hayan conservado testimonios de los primeros momentos del uso ibérico, en los que éstos debieron ser todavía poco numerosos.

Existe sin embargo un testimonio de la influencia epigráfica griega en la Península Ibérica todavía más directo que el uso de las láminas de plomo. Me refiero a la utilización del alfabeto jonio en la zona S.E., adaptado para servir de expresión a la lengua ibérica, y que tenemos atestiguado en el siglo IV por un cierto número de plomos y grafitos<sup>42</sup>.

Este alfabeto es sin duda de origen jonio, y sus modelos más claros están atestiguados en Samos. No cabe por ello sin embargo suponer que sea esa isla la patria de origen de los griegos que han enseñado a utilizar su escritura a los íberos. Conocemos muy mal la epigrafía prehelenística de muchas zonas del mundo jonio, entre ellas Focea, y lo mismo ocurre con sus colonias. Por lo tanto mientras no aparezcan testimonios irrecusables en contra, será preciso suponer que Focea conoció una tradición similar a la atestiguada en Samos, y que fueron los foceos, de acuerdo con la lógica histórica, los que introdujeron el alfabeto entre los íberos. Otra cuestión que exigiría comentario aparte, es si se trataba de foceos en sentido amplio o más concretamente de ampuritanos.

<sup>40</sup> Aunque más al sur, el plomo de Penya del Moro (MLH C.17.1) parece ser del s. IV.

<sup>41</sup> Solier, Y.: 1979: «Découverte»; Solier, Y. & Barbouteau, H.: 1988: «Découverte», 62-73.

<sup>42</sup> de Hoz: 1987: «La escritura»; MLH III 1, 133.

A juzgar por los paralelos existentes ese préstamo difícilmente se ha podido producir con posterioridad al 450 a.C.<sup>43</sup>, lo que constituye un dato de importancia para la historia de la cultura ibérica; a su vez las inscripciones greco-ibéricas constituyeron durante mucho tiempo un testimonio casi único para hacernos una idea de las peculiaridades paleográficas y de los usos escriturarios de los colonizadores y mercaderes foceos del siglo VI y de comienzos del V<sup>44</sup>, cuya información ha sido confirmada por algunos extraordinarios descubrimientos recientes (vid. infra).

El aspecto más importante de la historia de la colonización griega en la Península Ibérica que la escritura greco-ibérica, unida al testimonio paralelo y coincidente de los plomos escritos, permite entrever es otro sin embargo. La zona ibérica de máxima familiaridad con la cultura griega, la zona donde el contacto entre iberos y griegos fue más estrecho, tan estrecho como para producir esos individuos bilingües necesarios para que se produzca el préstamo de una escritura, no corresponde, al menos en el siglo V, al entorno de Ampurias, al área de segura colonización focea, sino al territorio contestano. Inevitablemente hay que replantearse desde este dato lo que sabemos de la presencia griega en el levante de Hispania.

Los primeros testimonios de objetos griegos en el S.E. remontan a la primera mitad del siglo VI, pero la interpretación de su presencia está erizada de problemas que no es momento de abordar. Afortunadamente con el siglo V la situación se hace algo más transparente. En primer lugar se disparan las importaciones de cerámica griega, especialmente a partir de c. 450 a.C.<sup>45</sup>, pero otros datos son mucho más significativos; recapitulando los aspectos de la aculturación griega en el mundo ibérico Martín Almagro-Gorbea ha señalado, además del alfabeto greco-ibérico, la adopción de formas de cultura social griegas en relación con usos funerarios y con el banquete, la introducción de recursos técnicos en la cerámica como las pastas más depuradas, las novedades iconográficas, la modificación del lenguaje estético, el sincretismo entre algunas divinidades indígenas y griegas, y algunos elementos de cultura material como las figuras en bronce<sup>46</sup>. No todos estos datos tienen el mismo valor, pero lo importante es que algunos de los indiscutibles implican un contacto directo, no una mera importación de productos que pueden ser imitados externamente sino una transmisión de habilidades, de modos de obrar, que exigen contactos humanos más o menos prolongados, comunicación verbal y desde luego individuos bilingües.

Estos datos arqueológicos nos conducen a una información de las fuentes literarias cuya valoración ha sido y es particularmente polémica. Las fuentes antiguas enumeran, entre las fundaciones focenses, varios establecimientos en territorio ibérico, de los que no se han encontrado por ahora huellas arqueológicas. Se trata de Hemeroskopeion (Dianium), Alonis, y Akra Leuké (Lucentum), cuya existencia ha sido reiteradamente negada desde los años sesenta. Frente a este punto de vista hay que defender el valor de las fuentes antiguas, no por prejuicio, no sobre la base de ningún criterio previo sobre el valor relativo de los datos arqueológicos e historiográficos, sino porque de no existir las noticias sobre esas factorías tendríamos que deducir nosotros su existencia apoyándonos exclusivamente en la de la escritura greco-ibérica. En otro lugar, a propósito del origen del alfabeto griego, he tratado el problema de las condiciones necesarias para que se realice entre dos culturas un préstamo de escritura<sup>47</sup>; no repetiré ahora lo ya dicho, pero sí insisto en que es preciso contar con contactos duraderos, estables, que den lugar a la aparición de individuos bilingües, conocedores de la escritura prestataria y en cierta medida de las técnicas de su enseñanza. La visita accidental de algunos mercaderes, incluso la visita reiterada y convertida en sis-

<sup>43</sup> de Hoz: 1987: «La escritura», 286-90.

<sup>44</sup> de Hoz: 1989: «La epigrafía focea».

<sup>45</sup> Rouillard, P.: 1991: *Les Grecs*, 110-1, 117-23.

<sup>46</sup> Almagro-Gorbea, M.: 1983: «Colonizzazione», 457-60.

<sup>47</sup> de Hoz: 1983: «Algunas consideraciones», 13 ss.

tema pero limitada al contacto superficial que exige el mero intercambio de productos, de ninguna forma ha podido dar lugar al nacimiento de una nueva técnica grafemática; no existen paralelos para un proceso de ese tipo en la inmensa masa de datos que constituye hoy día la historia de las escrituras. Indudablemente hubo jonios, jonios que conocían su alfabeto, establecidos en las costas del S.E. de la Península Ibérica. Lo que el alfabeto greco-ibérico no nos puede revelar es la modalidad de ese establecimiento. Pudo tratarse de factorías autónomas, colonias, como Ampurias, pero pudo ser un simple barrio griego en una ciudad indígena como los que la arqueología comienza a desvelar en Sicilia y el sur de Italia, o mejor aún en un puerto de comercio, con su población extranjera y mezclada, permitido en el territorio controlado por una comunidad indígena no lejos de su núcleo principal de habitación.

En todo caso, puertos de comercio, barrios helénicos en un asentamiento indígena, lugares de tránsito lo suficientemente frecuentados como para tener una cierta presencia griega permanente que pudiese explicar la aparición del greco-ibérico, la familiaridad de los foccos y ampuritanos con estos lugares explica sobradamente que se les conozca con un nombre griego, sin que ello implique una autonomía política y una identidad territorial ni siquiera tan ambiguas como las de Ampurias.

Esos nombres de factorías transmitidos por las fuentes son interesantes en sí mismos, por lo que nos pueden revelar sobre los lugares en cuestión. Un nombre como *Akra Leuke*, puramente topográfico, puede nacer del mero conocimiento de la costa, sin necesidad de contactos directos, ni tan siquiera de haberse dado nunca el desembarco de griegos en el lugar, y en sí no puede ser separado de otros topónimos griegos de Hispania que corresponden a lugares en los que las fuentes nunca insinuaron una presencia griega<sup>48</sup>. Sólo el testimonio de éstas permite por lo tanto incluir el lugar entre los que considero necesarios para explicar el desarrollo de la escritura greco-ibérica y de otras prácticas epigráficas ibéricas. Con mayor razón cabe decir lo mismo de *Alonis*, cuyo nombre no tiene por qué ser griego ya que la habitual relación que se establece con el grupo ἄλως, ἄλωνία, ἄλωή, «trilla», plantea serias dificultades lingüísticas al margen de la difícil justificación topográfica<sup>49</sup>.

Más interés tiene el nombre *Hemeroskopeion*. Aparentemente se trata de un apelativo utilizado como topónimo; la palabra griega tiene un uso restringido y técnico<sup>50</sup>, designa un puesto de vigilancia aislado, a cierta distancia del lugar que se pretende proteger, desde el que puede advertirse con antelación un peligro que se aproxime a la ciudad, pero literalmente significa «lugar de vigilancia de día», designación extraña que probablemente se justifica porque la palabra de la que deriva, ἡμερόσκοπος, «vigilante de día», designaba a vigías enviados al amanecer a su puesto de vigilancia, que abandonaban durante la noche ya que la obscuridad hacía inútil su labor<sup>51</sup>. No es fácil explicar el porqué de la utilización del término como topónimo a no ser que efectivamente el lugar fuera un *hemeroskopeion*, lo que excluiría que fuese un lugar de habitación de cierta entidad y desde luego no justificaría los términos *polis* o *polichnia* con que es designado en las fuentes

<sup>48</sup> Hubschmid: 1960: «Toponimia», 491-2.

<sup>49</sup> Sobre las dificultades topográficas ya ha llamado la atención Fernández Nieto: 1980: «Los griegos», 578-9, que también ha sugerido que se trate de un nombre indígena. Las dificultades lingüísticas afectan a la derivación y a la falta de aspiración en el topónimo si contamos con una correcta transmisión de la pronunciación antigua hasta época romana.

<sup>50</sup> Prácticamente está restringida a Eneas Táctico 6. 6 y 22. 11.

<sup>51</sup> Atestiguado ya en Hrd. 7. 183, 192, aparece también en Eneas Táctico 6.1. Sin embargo los varios ejemplos poéticos me parecen simples sustituciones, menos familiares y con más cuerpo fonético, del habitual σκοπός.

(St. Byz. s.v.; Str. III 4. 6)<sup>52</sup>. Es éste un problema que no han tenido en cuenta los autores que han interpretado correctamente la palabra griega<sup>53</sup>, y que implica o que se trata en realidad de otro término, o que inicialmente el lugar, escasamente habitado, estaba, con una función que justificó el nombre griego, al servicio de un yacimiento indígena próximo, lo que sería un dato a considerar en cualquier intento de identificación, y posteriormente se desarrolló, con participación griega, hasta adquirir una envergadura mayor como asentamiento y como lugar sagrado.

La alternativa, poco probable desde luego, de que se trate de otro término, se justifica precisamente por el culto a Artemis que tenía lugar en el sitio. Un término como *hemeroskopos* es en realidad desde el punto de vista de su construcción ambiguo; aunque no atestiguado sería perfectamente posible el sentido «benévolo/a guardián/na», máxime siendo *skopos* un término aplicado en la literatura a diversas divinidades, y *hemera*, «benévola», un epíteto cultual de Artemis en Arcadia<sup>54</sup>. Es cierto que los compuestos con *hemero-* como primer término suelen referirse al significado «día», pero no faltan ejemplos con referencia a «dócil, benévolo, domesticado»<sup>55</sup>. Pero de existir una Artemis *hemeroskopos* su santuario podría haber sido designado con toda normalidad *Hemeroskopeion*, es decir «el santuario de la *Hemeroskopos*». Es ésta una alternativa menos probable, pero que no puede ser excluida. Y en ambos casos se trata de un topónimo que implica algo más que una simple alusión a un punto de referencia para el navegante.

En resumen, contamos con testimonios literarios que nos hablan de enclaves griegos en el S.E., con topónimos que implican familiaridad griega con la zona, con una cierta recepción indígena de técnicas que exigen una transmisión dirigida, y sobre todo con el testimonio epigráfico de la escritura greco-ibérica que implica contactos de una cierta duración e incluso la existencia de individuos bilingües. El asentamiento de griegos parece indiscutible, al margen de los problemas no resueltos todavía de su número y la estructura de sus comunidades, que, como ya hemos visto, pueden haber tomado formas diversas.

De entre esas formas el caso del puerto de comercio es sin embargo, desde el punto de vista de la transmisión de la escritura, un tanto ambiguo, porque puede ser a la vez el espacio en que algunos griegos se asienten durante un tiempo más o menos largo, y hagan posible por lo tanto esos contactos de efecto duradero, y el puro lugar de tránsito, que se abandona sin tiempo de transmitir una técnica compleja como la escritura, aunque esa presencia fugaz pueda dejar una huella escrita. Precisamente la epigrafía nos permite de forma espectacular, desde que en 1969 se iniciaron las excavaciones de Porto Clemente, introducirnos en la historia de uno de estos puertos con testimonios que, a pesar de venir de Italia, no pueden ser separados de la historia de la presencia griega en la Península Ibérica, pero que básicamente reflejan esos contactos sin raíces.

Se trata de Gravisca, el puerto de la antigua Tarquinia, donde los griegos dejaron, desde comienzos del siglo VI hasta comienzos del III, en un santuario dedicado a Hera, exvotos a menudo inscritos en alfabeto jonio. Pero no todos los griegos que frecuentaban Gravisca eran jonios, ni

<sup>52</sup> Alternativamente, y desde el punto de vista de los navegantes, podríamos pensar en una designación nacida en los primeros tiempos de las navegaciones griegas en la zona por tratarse de un lugar adecuado para hacerse una idea del entorno geográfico, obrando como Odiseo en *Od.* 10. 194 cuando quiere reconocer la isla de Circe, pero también en este caso quedaría excluida una *polis*.

<sup>53</sup> Pena, M. J.: 1993: «Avieno», 62-3 (que no distingue *hemeroskopos* y *hemeroskopeion*); Rouillard, P.: 1991: *Les Grecs*, 301.

<sup>54</sup> IG V 2, 398, 403; H. Torres, *Artemis en la literatura y el culto a través de sus epítetos* (tesis inédita, Univ. Complutense 1996), 115-8. La posible relación del epíteto con el topónimo ha sido señalada independientemente por R. A. Santiago en una comunicación al IX Congreso Español de Estudios Clásicos (28 de Septiembre de 1995, «*Hemeroskopeion* y la epiclisis *Hemera* para Artemis»).

<sup>55</sup> ἡμερόδρομος, -θαλλής, -θηρικός, -καλλές, -πιτυς.

todos sentían devoción particular por Hera; entre los monumentos epigráficos destaca el egineta de Sótrato dedicado a Apolo, y que es inevitable relacionar con la noticia de Heródoto (IV 152) sobre el mercader que había realizado un viaje aún más fructífero que el de Colaios a Tartesos.

Sótrato el egineta, si realmente es, como parece probable, un mercader que frecuentaba no sólo mercados italianos sino también hispánicos, pudo haber dejado en Andalucía o en Levante una dedicación similar a la de Gravisca, porque indudablemente también en la Península existirían santuarios en los puertos de comercio, como existían en Naucratis o en el Aventino romano, como existía un culto púnico en la etrusca Pyrgi, como ha sido una constante en la historia marítima desde antes de los griegos hasta los marinos de altura que inspiraron a Baroja. No se ha identificado hasta la fecha en nuestras costas un testimonio tan vivo como el de Gravisca, aunque existen yacimientos que parecen responder al esquema del puerto de comercio con santuario<sup>56</sup>, pero en todo caso tenemos lo que pudiera ser una dedicación similar a la de Sótrato aunque más humilde, realizada por un mercader griego, no foceo, en las costas de Levante, y que nos recuerda que no sólo los focéos, o los ampuritanos de origen foceo, vivían y comerciaban en la Península Ibérica, sino que el tráfico marítimo tuvo que traer necesariamente a Iberia griegos de otras procedencias, como el propio Sótrato, que tuvieron ocasión de dejar aquí huellas escritas de su paso.

Así se podría explicar una figurilla masculina de bronce del museo de Valencia con una inscripción dedicatoria griega grabada sobre su espalda (EGH 7.1). La inscripción consta de dos palabras, Ἀπολλώνιος ἀνέθηκεν; se trata por lo tanto de una dedicación en la que por desgracia sólo se indica el oferente y no la deidad a la que se hizo la ofrenda.

Es una inscripción banal, pero el alfabeto en que está escrita hace que merezca la pena que nos detengamos en ella. No se trata en efecto del alfabeto jonio sino de un alfabeto local que puede permitirnos determinar la procedencia del dedicante, máxime cuando tenemos además algunos indicios lingüísticos. Es significativa la combinación de -v, la llamada *ny* efelcística, característica específica de los dialectos jónicos, y los rasgos no jonios del alfabeto, lo que nos restringe a aquellas zonas que combinan lengua jónica y alfabeto no jonio, básicamente Atica y Eubea y sus colonias. Es difícil decidir entre estas dos hipótesis porque la inscripción no presenta ninguno de los escasos rasgos que permiten distinguir a ambos alfabetos, e incluso las anomalías que la alejan del modelo original de ambos, y que son indicio de indudable influencia jonia, se han producido paralelamente en ambas regiones. Se trata en concreto de la sustitución de la *sigma* de tres trazos y la *lambda* invertida, propias de los dos alfabetos epicóricos, por la Σ y la Λ clásicas de origen jonio, que se produce a lo largo del siglo v.

El alfabeto no nos permite por lo tanto determinar el lugar en que Apolonio había aprendido a escribir, pero nos deja frente a alternativas limitadas, euboico en sentido amplio o ateniense, y con una fecha relativamente precisa, posiblemente en las proximidades de mediados del siglo v o poco después. Otros rasgos epigráficos o lingüísticos, como la estructura del epígrafe o el nombre personal, son demasiado comunes para que a partir de ellos podamos ir más lejos.

En cuanto al cómo ha podido llegar la inscripción a la Península Ibérica, existen tres posibles explicaciones: inscripción y dedicación realizadas ya aquí; inscripción y dedicación realizadas en Grecia o las colonias euboicas de Italia y llegada posterior del bronce a la Península, todavía en fecha antigua; llegada de la pieza a Valencia por obra del comercio moderno de antigüedades.

<sup>56</sup> Caso de Campello y La Algaida.

No hay ningún indicio que apunte a la tercera posibilidad, mientras que podrían existir varias posibles explicaciones de la segunda, en especial la actividad de los mercenarios ibéricos en Sicilia e Italia, que ya se ha utilizado en otras ocasiones para explicar la presencia en España de ciertos objetos clásicos. Aunque es de suponer que carecemos de datos históricos sobre muchas de las peripecias de aquellos profesionales de la guerra, lo que sabemos basta para demostrar la posibilidad de que alguno de ellos hubiera traído consigo de Sicilia un objeto con inscripción en alfabeto euboico; la toma de Himera en el 409/8 en la que participaron los iberos y se saquearon los santuarios daría ocasión adecuada para el robo de un exvoto como el aquí comentado, aunque la historia del alfabeto himerense es tan mal conocida que no podemos garantizar que a mediados del siglo V existiese en la ciudad una tradición tan próxima a la de Eubea como la que implica nuestra pieza<sup>57</sup>.

Pero es la hipótesis primera la que enlaza con el tema de los santuarios en puertos de comercio, y a la vez nos hace vislumbrar aspectos interesantes de la historia antigua de la costa levantina, por desgracia en forma de posibilidades alternativas y por el momento ambas indemostrables. ¿Era Apolonio un ateniense? En ese caso se plantea la posibilidad de que atenienses, sin duda relacionados con el comercio, llegaran al Levante español, tal vez acompañando a los vasos áticos que habitualmente, y de forma tal vez un poco unilateral, se piensan conducidos por otros griegos. ¿Había aprendido Apolonio a escribir un alfabeto euboico? Resulta entonces inevitable pensar en las colonias calcídicas, intermediarias del comercio griego hacia occidente durante siglos, o puesto que estamos en el siglo V, en la Nápoles de la época con su misteriosa presencia ateniense (Str. V 4. 7). En cualquier caso, ateniense o italiota, si el dedicante llegó a las costas valencianas para ofrecer en ellas su exvoto, tendríamos en él un testimonio vivo de la presencia griega en el ambiente ibérico aún en formación.

Pero al margen de inscripciones votivas de ese tipo, ¿qué huella epigráfica dejaban los griegos asentados, permanente o temporalmente, entre gentes no griegas? Obviamente no podemos esperar epigrafía pública, ya que aunque pueda tratarse de comunidades griegas, esas comunidades carecen de autonomía política. Si los «metecos» griegos no son muy numerosos, y no sienten la necesidad de diferenciarse de una comunidad indígena con instituciones muy definidas, caso por ejemplo de los fenicios en Atenas que nos han dejado inscripciones sobre sus cultos<sup>58</sup>, no son de esperar tampoco testimonios epigráficos comunitarios ya que no políticos. Nos moveremos más bien en el terreno de la epigrafía privada a la que también pertenecen los epígrafes votivos, inscripciones de propiedad, textos relativos a la actividad de todos los días, el ganarse la vida cotidiano y ocasionalmente el disfrutar de ella. Las inscripciones sepulcrales sólo serán esperables si la presencia griega es lo suficientemente fuerte como para contar con una necrópolis propia, y por lo tanto con una cierta garantía de la continuidad de un público capaz de comprender lo inscrito en una lápida. De hecho ése es el panorama que nos ofrece la no muy abundante epigrafía griega en el territorio anhelénico de Italia o Sicilia, y los contadísimos testimonios de griegos entre no griegos en otras partes del Mediterráneo<sup>59</sup>.

El testimonio más interesante de este tipo de epigrafía en área ibérica hasta la fecha es una lámina de plomo que procede del sur de Francia, del yacimiento indígena de Pech-Maho, una altura

<sup>57</sup> Dubois, L.: 1989: *Inscriptions*, 9-10.

<sup>58</sup> Tod, M. N.: 1948: *A selection II*, n.º 189; pero una inscripción de este tipo, e incluso bilingüe, puede referirse a una anécdota individual: Peek, W.: 1955: *Griechische*, n.º 1601 = del Barrio, M.ª L.: 1992: *Epigramas*, n.º 566.

<sup>59</sup> O al menos esa es mi impresión, aunque limitada por la falta de un corpus que recoja este interesante material.

que se halla al N.O. de Sigean, unos 15 km. al sur de Narbona, actualmente a 3 km. de la costa, pero en la antigüedad a la orilla del agua en un golfo o albufera de escasa profundidad al que desembocaban la Berre, precisamente junto al propio Pech Maho, y el Aude<sup>60</sup>. La desembocadura del primer río mencionado creaba un reducido entrante protegido que servía de puerto a un pequeño yacimiento al que su excavador denomina «comptoir-fortin»<sup>61</sup>.

El territorio en cuestión pertenecía, en la época de nuestro texto, a los *elisyci*, mencionados por Hecateo (53 Jacoby = 61 Nenci) como pueblo ligur, pero sobre los que nuestra información es tan escasa que ni siquiera podemos atribuir su lengua a una familia definida<sup>62</sup>.

Las excavaciones en el yacimiento, que vienen realizándose desde 1948, han puesto de manifiesto tres fases de ocupación que corresponden aproximadamente a los años 600-480 (I), 480-300 (II), y 300-200 (III). Nuestro plomo pertenece a la segunda fase y apareció en concreto en la terraza sur entre la fortificación y el muro interior del asentamiento, zona no habitada del recinto fortificado a la que habría ido a parar como desecho<sup>63</sup>. Su cronología paleográfica, siempre por supuesto dudosa, puede corresponder al segundo tercio del s. V<sup>64</sup>.

El texto de Pech Maho<sup>65</sup>, contiene en el anverso doce líneas, más otra transversal en el reverso, de texto griego, y un texto etrusco, del que no me ocuparé aquí. La traducción literal del texto griego no presenta demasiados problemas, pero sí su interpretación que debe considerarse todavía insegura. Por ello se debe juzgar mero expediente práctico la siguiente versión, en la que se aíslan entre llaves, y en líneas aparte en el caso más polémico, algunas propuestas alternativas:

«X [hijo de X ?] compró x embarcacion(es) [a los] ampuritanos. Compró también... A mí me transfirió una participación de la mitad al precio de dos octanios y medio. Le entregué dos octanios y medio en moneda contante

{y una garantía, la tercera parte (de esta última cantidad), yo mismo en persona./ y yo mismo en mi nombre como garantía (para constituirme garante) una trite.}

Y recibió {aquéllos/ésta} en el río. Le {hice llegar/entregué} la señal en donde amarran las embarcaciones. Testigos: Basigerros y Bleruas y Golo[-]biur y Sedegon. Estos fueron los testigos cuando le {hice llegar/entregué} la señal, pero cuando le acabé de pagar el dinero, los dos octanios y medio, (los testigos fueron) [-]auaruas, Nalbe[-]n{, Heronoiyos/. (Asunto relativo a) Heronoiyos}.»

Los problemas básicos de interpretación que quedan abiertos, como se deduce de las traducciones propuestas, son los siguientes: ¿cuál es el número de implicados y cómo se interpreta el NP del anverso?; ¿a qué clase de garantía se hace referencia?; ¿cuántas son las fases de la operación?

Como puede verse constituye un documento excepcional desde muy diversos puntos de vista, algunos específicamente griegos, otros relativos a las relaciones de griegos e indígenas occidentales y a los procesos de aculturación en el Mediterráneo antiguo.

<sup>60</sup> Sobre la geografía del lugar vid. Solier en Lejeune, M., J. Pouilloux & Y. Solier: 1988: «Étrusque», 25-30, con mapas.

<sup>61</sup> Solier en Lejeune, M., J. Pouilloux & Y. Solier: 1988: «Étrusque», 19.

<sup>62</sup> Sobre los elisicos y su territorio Barruol, G.: 1973: «Les Elisyques»; Solier, Y.: 1976/1978: «La culture ibéro-languedocienne», 218-20.

<sup>63</sup> La información arqueológica procede de Solier en Lejeune, M., J. Pouilloux & Y. Solier: 1988: «Étrusque», 19-21.

<sup>64</sup> Pouilloux en Lejeune, M., J. Pouilloux & Y. Solier: 1988: «Étrusque», 37. Vid. también de Hoz: en prensa: «Los negocios», § 4.

<sup>65</sup> Bibliografía básica Lejeune, M., J. Pouilloux & Y. Solier: 1988: «Étrusque», y Lejeune, M.: 1991: «Ambiguités». Bibliografía posterior en de Hoz: en prensa: «Los negocios», artículo cuyas conclusiones utilizo básicamente aquí.

Desde la perspectiva griega se trata de un texto jonio del clasicismo inicial, de cierta longitud y por lo tanto con una información lingüística no despreciable, y representativo además de un área peculiar del mundo jonio. El hecho de que casi coetáneamente se haya publicado la carta de Ampurias a la que luego me referiré implica que nuestros datos sobre el jonio septentrional se han multiplicado súbitamente, pero aún así el dialecto sigue siendo muy mal conocido<sup>66</sup>, y nuestro texto, a diferencia del de Ampurias, no atestigua un aspecto tan esencial de él como sus eolismos<sup>67</sup>, aunque sí, como la carta de Ampurias, la falta de ruptura entre el dialecto usado por los jonios del extremo occidental y los de la metrópoli. Pero quizá la aportación más significativa del plomo de Pech Maho es la demostración de que ya existía una lengua técnica del comercio, con usos específicos bien desarrollados.

El plomo de Pech Maho es también un testimonio nuevo de una clase significativa de textos, los documentos sobre plomo a los que ya me he referido, y que con anterioridad al período helénico, y por lo tanto a los papiros griegos de Egipto, representan nuestros ejemplos casi únicos de documentos, privados o no, no destinados a la exhibición pública.

Los primeros testimonios de textos sobre plomo que se nos han conservado proceden del mundo neohitita, y están redactados en luvita jeroglífico. Por ahora no existen ejemplos fenicios o en alguna de las epigrafías orientales directamente derivadas de la fenicia, mientras que todos los ejemplos occidentales no griegos pueden explicarse como adopción de un uso helénico. No es posible sin embargo pronunciarse sobre si los griegos han descubierto independientemente este tipo de soporte, ya que, a pesar de la ausencia de testimonios fenicios, no son inverosímiles en absoluto relaciones, al menos indirectas, entre el uso neohitita y el griego.

Hasta la fecha, y prescindiendo de las defixiones y de algunos tipos tardíos relacionados con la religión, los géneros de documento griego sobre plomo que se conocían eran los siguientes<sup>68</sup>: documentos relativos a actividades económicas, compras, deudas o similares, categoría a la que, aunque con características únicas, se aproxima nuestro texto; tablillas onomásticas, es decir que contienen exclusivamente un NP, y cuya función no está clara; tablillas de la caballería ateniense; cartas privadas, en principio procedentes también del ámbito económico o más estrictamente mercantil, como la de Ampurias ya citada; preguntas y respuestas oraculares; textos varios que incluyen un posible calendario de culto, una dedicación, un texto poético y una tablilla al parecer relativa a actividades atléticas.

El texto de Pech Maho no coincide plenamente con ninguna de esas clases de documento, aunque se aproxime a algunos de los del primer grupo, sino que representa algo nuevo, hasta ahora no atestiguado. Parece en efecto que nos encontramos ante una especie de apunte privado, un recordatorio para el propio autor, Y, de sus tratos con X, o un informe para una tercera persona.

En todo caso al tratarse de una operación de compra no es extraño que existan algunas coincidencias entre nuestro texto y los contratos de compra atestiguados, todos ellos posteriores. En éstos hay en efecto una sucesión de elementos típicos<sup>69</sup>, invocación, datación, nombre de comprador y vendedor, verbo de transacción, objeto de compra con especificaciones, precio, garantes

<sup>66</sup> Algunas indicaciones en Santiago: 1993: «Epigrafía dialectal».

<sup>67</sup> Pero nos permite comprobar rasgos ya conocidos o presumibles, vid. comentario a ll. 2, 3, 5, 7, 10 y 11 en de Hoz: en prensa: «Los negocios».

<sup>68</sup> El tema suele ser ignorado o minimizado en las obras generales de epigrafía. Un estudio general exce-

lente aunque ya algo anticuado en cuanto a datos es Bravo, B.: 1974: «Une lettre»; vid. también Miller, A. P.: 1973: *Studies*, y las listas de textos en Jordan, J.: «Two inscribed lead tablets», 226-8, especialmente nn. 6 y 9, y Immerwahr, H. R.: 1990: *Attic Script*, 125.

<sup>69</sup> de Hoz, M.<sup>a</sup> P.: 1994: «Aspectos formales».

y/o testigos, que en parte reaparecen aquí. Falta por supuesto la invocación, dado el carácter informal del texto, y quizá por las mismas razones, la fecha, pero sí encontramos la identificación de vendedor original y primer comprador, el verbo de transacción, el objeto, tal vez con especificaciones, el precio y los testigos. El carácter especial del texto se refleja en las precisiones sobre las fases en que se ha desarrollado la operación y en la ausencia del nombre del segundo comprador, si es que tal es Y, o del segundo comprador (Z) y su intermediario (Y), a no ser que, como me parece más probable, *Heronoiios* sea una identificación del texto, con lo que su nombre sería el de Y o Z, y el documento habría sido archivado por aquella de esas dos personas a la que no correspondía el nombre, probablemente por Y.

El texto no sólo da la valoración de la mercancía en un sistema de cuenta preestablecido sino que indica explícitamente que uno de los pagos se hizo en moneda, lo que plantea el problema de a qué monedas de cuenta y reales alude, cuestiones ambas que plantean dudas sin solución firme por el momento. Posiblemente la moneda que tenía en mente el redactor del texto era la llamada «Auriob», que se venía acuñando desde fines del s. VI en Massalia, pero tal vez también en Volterra y Emporion-Rhode, donde estas monedas están atestiguadas por ejemplares con características especiales<sup>70</sup>. En cuanto a los patrones de cuenta a que hace referencia el texto serán lógicamente los teóricos que subyacen en el sistema monetario utilizado. Las monedas «Auriob» se basan posiblemente en el patrón foceo del estatero de electro, en torno a los 16 gr., mientras que las fraccionarias parecen corresponder al también foceo de la dracma de plata, en torno a los 5'50 gr. No es imposible sin embargo que, siempre dentro del ámbito foceo, se haya aplicado el patrón usual en electro a la plata. Menos verosímil sería el uso del patrón milesio, es decir la didracma de 7 gr.<sup>71</sup>.

El texto griego de Pech Maho es uno de los testimonios más vivos y directos que nos han llegado del mundo del *emporion* en general, no sólo en esa limitada área occidental cuyos testimonios epigráficos buscamos ahora. Pero en esa periferia del mundo helénico, a la que llegaban los mercaderes griegos sin que por ello hubiera quedado integrada en la órbita colonial, existían ámbitos social y culturalmente muy diferentes. Podemos distinguir una periferia «bárbara», con instituciones y estructura social menos complejas que las que ya existían en buena parte del mundo griego, y una periferia, la oriental —y la cartaginesa y la etrusca—, en que las relaciones eran de un tipo o tipos diferentes, caso de Al Mina, Naucratis o las ciudades fenicias. Pech-Maho representa un ejemplo particularmente visible del primer caso, que con rasgos más o menos semejantes a pesar de las indiscutibles y marcadas diferencias locales, es el que podemos esperar desde el Mar Negro a la Península Ibérica pasando por Iliria o parte de las zonas anhelénicas de Italia.

Hay sin embargo en Pech Maho un aspecto que sin ser exclusivo tampoco es demasiado general. Me refiero a la complejidad de lo que podríamos llamar «gente del emporion». Hasta ahora la bibliografía ha aceptado la idea de que en el texto aparecen dos grupos étnicos, los griegos, ajenos a la zona, que comercian en ella, y los íberos o indígenas. En realidad no hay ningún motivo para llamar indígenas a los íberos y no son sólo íberos los no griegos mencionados en el texto.

En los íberos hemos de ver a un grupo foráneo<sup>72</sup>, que comercia en la zona y que se va a hacer muy visible en fechas poco posteriores gracias a su conocimiento de la escritura, que les permite dejar testimonios inequívocos de su presencia. Pero no está nada claro si esa presencia comercial había dado lugar a auténticas colonias con personalidad étnica definida y con autonomía política.

<sup>70</sup> Furtwängler, A.: 1978: *Monnais*, 44-7, 223-4. La idea es rechazada por otros autores.

<sup>71</sup> García-Bellido, M.<sup>a</sup> P.: 1990: «El plomo»; 1994: «Las relaciones».

<sup>72</sup> de Hoz: 1993: «La lengua»; 1994: «Griegos»; Untermann: 1992 (= 1993): «Quelle langue».

En cuanto a los indígenas, creo que debemos ver en ellos a los portadores de los NNP no griegos ni ibéricos que se mencionan en el plomo, pero la falta de datos nos impide precisar más sobre ellos. En fecha posterior, e incluso en las inscripciones latinas de la zona, está bien atestiguado un estrato onomástico que Untermann, el investigador que ha conseguido aislarlo, denomina *ligur*<sup>73</sup>, pero no existen por ahora coincidencias entre los testimonios de ese estrato y los nombres del plomo, y no podemos decidir si se trata de las mismas gentes o se han producido cambios en el curso del siglo IV.

No es sin embargo el mercader el único griego que pudo llegar a las comunidades indígenas y establecer contacto con sus habitantes; cabe también pensar en el artesano, aunque, a diferencia de lo que ocurre en el caso de los fenicios<sup>74</sup>, no tenemos ningún testimonio epigráfico de la presencia de un artesano griego en territorio ibérico. Cabría sólo tener en cuenta una posibilidad que considero muy remota; uno de los fragmentos escultóricos de Cerrillo Blanco, en Porcuna, sobre cuya adscripción a artistas griegos o por lo menos de formación griega se ha generado una cierta polémica<sup>75</sup>, presenta una especie de cartucho que indudablemente sirvió de marco para una inscripción hoy día prácticamente desaparecida, que J. Untermann ha considerado ibérica y recogido en su corpus como H.12.1; hace años tuve ocasión de examinar directamente y durante largo tiempo la pieza<sup>76</sup>, sin decidirme a dar una lectura, pero no sería totalmente imposible que se tratase de un texto griego. De todas maneras, aparte lo poco probable de esa alternativa, la falta de paralelos en la epigrafía escultórica griega, y las huellas de manipulación que presenta el fragmento, originalmente una pata de caballo, en el que parece haberse pretendido secundariamente modelar un rostro humano, hacen muy poco aconsejable tomar en consideración este testimonio.

Sí existe sin embargo una firma de artesano griego en territorio púnico hispánico, aunque ya de fecha avanzada, la firma pintada de *Hermias* en una urna de fabricación ebusitana aparecida en Na Guardis (Colonia Sant Jordi, Mallorca) (EGH 34.1), de 150-30 a.C., que demuestra que un griego podía estar establecido en una comunidad púnica y practicar en ella su artesanado adaptándose a los usos indígenas, lo que sin duda había venido ocurriendo durante siglos<sup>77</sup>.

Por último, como en el caso de Andalucía, cabe preguntarse si algunos grafitos griegos, que no son marcas comerciales sino al parecer NNP de propietario, y que han aparecido en yacimientos indígenas, pueden ser indicio de la presencia de un griego en ellos, ya que no parece muy claro que vasos de características comunes hayan podido llegar a la Península a través de un comercio de segunda mano. Los casos que conozco son un craterisco de barniz negro de fines del s. IV de Puntal dels Llops (Olocau, V) (EGH 8.1)<sup>78</sup>, y un fragmento de Cabezo Lucero (EGH 11.3) cuya interpretación en la editio princeps creo que se debe corregir<sup>79</sup>. Se trata de un fragmento de copa de labio de figuras negras de comienzos del siglo V aparecida en el punto 57 de la necrópolis de Cabezo Lucero<sup>80</sup>, que parece corresponder a una incineración del siglo V<sup>81</sup>. El fragmento

<sup>73</sup> Untermann, J.: 1969: «Lengua ibérica».

<sup>74</sup> González Prats, A.: 1983: *Estudio*, 231-2.

<sup>75</sup> Bibliografía básica en Rouillard, P.: 1991: *Les Grecs*, 357 nn. 214-6, a la que debe añadirse la opinión del propio Rouillard loc. cit. Posteriormente, sin pretender ser exhaustivo, Trillmich, W.: 1990: «Early», 608-10, y Niemeyer: 1990: «The Greeks», 42-3, en un contexto en que reaccionando frente a posturas muy extremistas el A. hace un largo recorrido hacia el extremo contrario.

<sup>76</sup> Debo agradecer a J. González Navarrete, entonces director del Museo de Jaén, las extraordinarias facilidades de que disfruté.

<sup>77</sup> de Hoz: 1987: «La epigrafía», 633.

<sup>78</sup> Al estar en gen. y ser *Eros* un NP bien documentado me parece más económica la hipótesis aquí defendida que la de que se trate de una invocación como piensan Olmos, R. & Sánchez, C.: 1995: «Usos», 134.

<sup>79</sup> Agradezco a P. Rouillard el que haya llamado mi atención sobre esta inscripción, así como la fotografía que he utilizado para la lectura.

<sup>80</sup> Aranegui C. et al.: 1993: *La nécropole*, 225-6.

<sup>81</sup> Aunque en el lugar apareció también un pequeño fragmento del s. IV: loc. cit. 226, frag. A 39.

tiene varios signos, grabados en el pie de la copa, que fueron leídos en la edición príncipe como un único grafito del que posiblemente falte el comienzo, pero que a juzgar por la fotografía de que dispongo constituyen en realidad dos textos, uno griego y otro ibérico; el texto griego se lee ]ΑΕΩ, y puede ser el genitivo del raro NP Λεώς<sup>82</sup>, o de uno de los varios compuestos cuyo segundo término tiene esa forma<sup>83</sup>, o la abreviatura de uno de los numerosos NNP formados sobre Λεώς<sup>84</sup>. En todos los casos se trataría de una forma claramente jónico-ática. La última letra griega y la primera ibérica se cortan<sup>85</sup>, pero en la fotografía no se advierte con claridad cuál fue trazada primero, aunque es de suponer que fuese la griega.

Un caso especial es el grafito de Elche (EGH 10.1), si realmente se trata de tal y no de un pintado<sup>86</sup>. Las aclamaciones esgrafiadas<sup>87</sup>, más raras que las salidas de manos de los artesanos, implican una ocasión específica posterior a la adquisición del vaso, y no es muy probable que éste haya entrado en el circuito mercantil exterior a Atenas ya provisto del grafito, por lo que el esgrafiado podría haberse realizado ya en Hispania, aunque naturalmente entre griegos y como uso social griego.

Pero por fructíferos que hayan podido ser los contactos de griegos e hispanos en los puertos de comercio o en los poblados indígenas que acogieron algún artesano heleno es indudable que una auténtica *polis* griega, con su propia vida institucional autónoma, representa un testimonio más interesante y pleno tanto de la propia cultura helénica como de las posibilidades de helenización de los indígenas. En ese sentido debemos volver de nuevo nuestra atención a Ampurias y revisar algunos aspectos de su epigrafía. No me detendré a pesar de su importancia en la epigrafía monetar. Tampoco insistiré más en los aspectos comunes de la epigrafía cerámica, es decir marcas comerciales, estampillas o inscripciones de propiedad, ni tampoco en las inscripciones funerarias<sup>88</sup>.

Las cartas sobre plomo que ha proporcionado ya la ciudad son posiblemente tres<sup>89</sup>. La menos segura es la conocida desde hace más tiempo (EGH 2.16). Se halló en un estrato correspondiente a época helenística avanzada en la zona de la stoa de ese período, pero por su letra difícilmente puede ser posterior al s. V<sup>90</sup>. Su estado fragmentario no permite hacerse una idea de su contenido, pero al menos nos muestra que los ampuritanos mantenían su propia tradición lingüística, ya que en lo conservado se observan un par de jonismos muy claros, ὑμέων y ὑμέας sin contraer.

<sup>82</sup> Barron: 1966: *The Silver*, 206 nn. 133-4, de 393/2 a.C. (LGPN I, 287), y Pape, W. & Benseler, E.: 1863-1870<sup>3</sup>: *Wörterbuch* II, 797 con referencias literarias. Debe tratarse de un hipocorístico de los compuestos mencionados más adelante.

<sup>83</sup> Dornseiff F. & Hansen B.: 1957: *Rückläufiges*, 311). En ese caso, a juzgar por la foto, de las letras posibles ante Α la única compatible con el posible resto sería Ε, es decir que habría que pensar en un nombre del tipo Ἀγέλεως.

<sup>84</sup> LGPN I, 286-8; II, 282-4; Pape, W. & Benseler, E.: 1863-1870<sup>3</sup>: *Wörterbuch* II, 793-6.

<sup>85</sup> El grafito ibérico es simplemente *il* (segunda letra tipo L1, MLH III 1, 247) o *ika* (tipo kaβ, ibidem 246). La escritura es levantina —en escritura meridional la lectura posible sería sólo *ika*, pero en estas fechas parece excluida por la dirección destrógrafa—. Posiblemente es la abreviatura de un nombre de persona, en

cuyo caso será un compuesto de *iltif* o de *iltun* (MLH III 1, §§ 7.61 y 7.62).

<sup>86</sup> No conozco el original, y en la edición príncipe no se especifica ni hay fotografía, pero el dibujo da la impresión de que se trata de un grafito: Fernández-Chicarro, C.: 1959: «Algunos», lám. XXXV, fig. 2. Otro caso de aclamación esgrafiada se da en Ampurias, EGH 2.50a.

<sup>87</sup> Baste un ejemplo, aunque particularmente desarrollado: la kylix de *Klewicha* (Guarducci: 1974: *Epigrafía*, 342-3).

<sup>88</sup> Pueden localizarse en los índices de EGH.

<sup>89</sup> A las que tal vez habría que sumar el perdido plomo de Rosas (EGH 1.1) y, si no como cartas, al menos como documentos privados, los fragmentos de óstraca de la propia Ampurias (EGH 2.50 y 2.52). Muy dudosa por el contrario es la autenticidad de EGH 2.56.

<sup>90</sup> Jeffery, L. H.: 1990: *The Local*, 287.

Mucho más significativos son dos descubrimientos recientes, en particular el más antiguo, aunque en ambos casos se trata de textos muy fragmentarios, de cuyo contenido exacto sólo nos podemos hacer una idea muy vaga.

Una laminilla de plomo (EGH 2.14) con catorce líneas de texto apareció en 1985 en la zona de habitación, en un contexto de relleno que contenía material al parecer básicamente de fines del s. V, y ha sido datada, sobre los imprecisos criterios de la lengua y la paleografía, a fines del VI<sup>91</sup>. Indiscutiblemente se trata de una carta, y más precisamente de una carta comercial en la que el autor da instrucciones al destinatario para que se ocupe de asuntos en cuya descripción aparecen términos propios de la navegación y el comercio, y al parecer para que realice gestiones junto a un tercer individuo de nombre *Basped-*, repetido pero por desgracia siempre de forma fragmentaria, que tiene fácil explicación como NP ibérico<sup>92</sup>. También aparece un posible topónimo, *Saigantbe*, en el que se ha querido ver el nombre de Sagunto<sup>93</sup>, aunque las dificultades son grandes dada la diferencia entre esa forma y la transmitida por los escritores griegos<sup>94</sup>. Particularmente significativa es la mención de los ampuritanos, paralela a la del plomo de Pech-Maho, y que nos hace pensar en tratos con la colectividad referida, al modo griego, no por el topónimo sino por el plural del gentilicio. También la lengua de los foccos occidentales queda particularmente iluminada en este texto, ya que en él encontramos, junto a formas jonias comunes, algunos eolismos claros que se explican como rasgo propio del jonio septentrional, en el que se encuadraba sin duda el focco, pero que hasta la fecha conocíamos básicamente por el quiota.

Dos años después del hallazgo de esta carta el inteligente programa de excavaciones de E. Sanmartí volvió a dar resultados epigráficos, aunque esta vez no tan excepcionales. Se trata de nuevo de una laminilla (EGH 2.15) con diez líneas en el recto y tres en el verso, aún mucho peor conservada que la anterior, pero en la que de nuevo se aprecian elementos del léxico mercantil. Apareció en el lado interior de la muralla, en un contexto de la primera mitad del s. IV. Se trata probablemente de una carta, una vez más, pero no es imposible un documento de otro tipo, por ejemplo al estilo del plomo de Pech-Maho.

Un testimonio interesante de la fidelidad de los ampuritanos a sus orígenes focenses lo encontramos en un par de láminas de plomo de muy diferente carácter y fecha. Se trata casi con seguridad de *defixiones*, aparecidas en la escombrera helenística que cubre una de las necrópolis ampuritanas, y consisten en simples listas de nombres, pero dos de ellos son muy significativos, el que ocupa la línea séptima de EGH 2.17 y el quinto de EGH 2.18. El primero, *Καύστριος*, coincide con el nombre de un río de Asia Menor que ha servido para formar nombres personales en su propia región, en Efeso y Colofón. Como recordó L. Robert a propósito del nombre ampuritano, el culto de la Artemis de Éfeso tenía considerable importancia en el mundo focense de extremo occidente<sup>95</sup>. La costumbre de dar nombre de río a las personas no es rara en el mundo griego, pero que se utilizase en Ampurias el de un río tan lejano no puede ser casualidad, implica una tradición cultural de origen jonio.

<sup>91</sup> Sanmartí, E. & Santiago, R. A.: 1988: «La lettre», 12.

<sup>92</sup> Velaza, J.: 1992: «Βασπεδ-»; de Hoz: 1993: «La lengua», 658 n. 64. El intento de Musso, O.: 1986-89: «Il piombo», 157, de interpretar como griego la secuencia en cuestión, aunque no absolutamente imposible, tropieza con graves problemas de contexto, agravados por la repetición, desde el punto de vista puramente griego; por otra parte el artículo demuestra serias carencias sobre la Hispania antigua, que explican la extrañeza

del A. ante la posibilidad de que Βασπεδ- sea un NP ibérico.

<sup>93</sup> Santiago, R. A.: 1990: «En torno».

<sup>94</sup> Ζάκανθα, Ζάκυνθος que es claramente secundario, y Σάγουντον (forma secundaria Σεγουντία) que no es sino la transcripción de la forma latina. Las referencias pueden encontrarse cómodamente en Santiago, R. A.: 1990: «En torno», 130-2.

<sup>95</sup> Robert, L.: 1968: «Noms»; Masson, O.: 1985: «Le curieux».

En ese sentido es aún más claro el segundo nombre, Ἑρμόκαικος. Se trata de un compuesto cuyos dos elementos, *Hermos* y *Kaikos*, son ríos de Asia Menor pero más septentrionales, y entre ambos se encuentra la zona propiamente focense. Pero además el nombre de persona *Kaikos* está atestiguado en Marsella, al igual que en otras zonas del mundo griego, fundamentalmente en Asia Menor, en Pérgamo, en Mitilene cuya perea continental alcanzaba casi la desembocadura del Caicos, y en puntos de la costa como Esmirna y Cyme. Por su parte -ερμος εσ υν formante que reaparece con frecuencia en nombres propios jonios, y en un nombre marsellés atestiguado un par de veces, Ποσειδερμος. De nuevo es evidente la tradición jónica, así como la relación que entre Marsella y Ampurias establecía esa herencia común.

Pero en este caso contamos incluso con el testimonio explícito de un autor antiguo. Aristóteles, al discutir en su *Poética* la λέξις de la tragedia, es decir los problemas de lengua y estilo, incluye una breve presentación de los elementos de la gramática (*Poet.* 1457a); entre otras cosas distingue nombres simples y compuestos, y entre los compuestos señala los formados por tres elementos o más, «como la mayor parte de los marselleses» (οἷον τὰ πολλὰ τῶν Μαισσαλιῶτων), y su ejemplo es Ἑρμοκαϊκόξανθος, es decir a la hora de citar un nombre característico de Marsella Aristóteles ha elegido un ejemplo por un lado muy complejo, de composición triple, por otro lado formado exclusivamente con nombres de ríos de Asia Menor, el Hermos, el Caicos y el Janto, y curiosamente los dos primeros elementos coinciden con el nombre ampuritano que comentamos.

Pero no sólo encontramos en Ampurias testimonios de una tradición específicamente local, limitada al mundo jonio minor-asiático y a sus colonias. También hallamos indicios epigráficos de otros aspectos de la cultura griega de carácter más general, comunes a todos los griegos que no habían roto los lazos con la tradición mayor de su pueblo. Los ampuritanos conocían la institución del simposio, y los restos arqueológicos de la ciudad dan buena prueba de ello si como parece probable conservamos una sala de banquetes tardohelenística; lo interesante desde nuestro punto de vista es que en ella hay una inscripción en el mosaico de opus signinum (EGH 2.21), ἡδύκοιτος, que no es sino una fórmula de buenos deseos para quien entra en el lugar del banquete, en el que por supuesto los comensales estarán echados; podríamos traducir literalmente «(que seas) de dulce lecho», y libremente «que seas un dulce comensal»<sup>96</sup>.

Al mismo ámbito aunque de forma más desenfadada corresponde, si mi interpretación de ella es correcta, una inscripción cerámica sobre la que existe ya una bibliografía de cierta amplitud.

En 1919 se halló una boca de cántaro de barniz negro de la segunda mitad del siglo IV<sup>97</sup>, sobre la que está grabada una inscripción (EGH 2.49a). En un artículo de 1955, E. Fränkel interpretó el texto como ὄνασις <ε>ῖ τοῦ καταλαπαξικοιλίου, «von Nutzen bist du für die Bauchlaxiererei», aludiendo a un pretendido uso médico del verbo λαπάσσειν<sup>98</sup>. La inscripción estaría dirigida al vino contenido en la copa, ya que las fuentes se refieren a las virtudes laxantes de ciertos vinos, como el de Cnido.

En realidad hay aquí algunas dificultades. λαπάσσειν no es en realidad un término técnico médico; si aparece frecuentemente en el corpus hipocrático es porque su sentido, «vaciar», en es-

<sup>96</sup> Bruneau, Ph.: 1988: «Philologie», 16, justifica con paralelos esta interpretación que está próxima a la de Olmos: 1989: «Hedykoitos», reiterada en Olmos, R. & Sánchez, C.: 1995: «Usos», 135-6. Un adjetivo paralelo, pero en variante burlesca, es el ἡδύδειπνος, nombre de un parásito, autor de una carta en Alcifrón (3. 68 (32)).

<sup>97</sup> Agradezco a E. Sanmartí la confirmación de la fecha.

<sup>98</sup> Fraenkel, E.: 1954: «Neues», 46. La opinión de Fränkel fue seguida entre otros por Krahe (1955: «Zu einen») que señaló un probable testimonio del complejo término ampuritano en una inscripción vascular procedente de territorio mesapio, hasta entonces creída testimonio de esa lengua.

pecial τὴν γαστέρα, inevitablemente se prestaba a aparecer en ciertos contextos médicos, pero debemos considerarla palabra coloquial más bien que técnica. En segundo lugar, no es frecuente que las inscripciones cerámicas que podemos llamar lúdicas en sentido amplio, consideren como interlocutor al vino; los participantes normales en el supuesto diálogo que a menudo implica la inscripción son el propietario del vaso, el posible usuario y el vaso mismo que actúa bien como hablante, como en la famosa copa de Nestor<sup>99</sup>, bien como interlocutor, que es lo que creo ocurre en la pieza que estamos considerando ahora. En tercer lugar, en el caso de que se aluda al vino, lo normal es que se haga referencia a cualidades generales, atribuibles a cualquier vino que contenga el vaso, y no a alguna variedad especial que sólo en contados casos coincidirá con la realmente utilizada, máxime en nuestro ejemplo en que se trata de un vaso para beber y no para almacenar o escanciar.

Por todo ello creo que se debe reinterpretar la inscripción como dirigida al propio vaso, y modificar ligeramente la traducción de Fränkel haciéndola más directa: «von Nutzen bist du für die Bau-chausleerung», «eres útil para vaciar el vientre»<sup>100</sup>. De hecho podemos representarnos claramente el contexto en el que ha tenido sentido tal inscripción, ya que afortunadamente los propios griegos nos han dejado ilustración precisa en una serie de vasos con representaciones de escenas de banquete, en las que uno de los comensales utiliza un vaso de beber como orinal<sup>101</sup>. Está claro por lo tanto que un vaso, y un vaso de banquete precisamente, podía ser «de utilidad», «von Nutzen», cuando el exceso de vino exigía solución y por otro lado no se quería abandonar el lugar del simposio.

Hemos venido a dar así con una institución básica de la cultura griega, el simposio, y con un rasgo por lo menos tan típico de esa cultura como el sentimiento trágico o las preocupaciones ético-pedagógicas, la αἰσχρολογία humorística.

Pero no acaba aquí lo que nuestra inscripción ampuritana nos revela sobre los griegos de occidente. Aún hay que insistir en algunos aspectos de su interpretación filológica; καταλαπαξικόλιον es un hapax, como es también un hapax indirecto el verbo que inevitablemente debemos presuponer como explicación de uno de sus componentes, καταλαπάσσειν; el preverbo en sí no tiene aquí mucha importancia, contribuye con su función de mero refuerzo a subrayar la grandilocuencia del raro sustantivo compuesto, en el que contrasta cómicamente el significado con la formación. Por otra parte la inscripción es un trímetro yámbico muy claro, aunque falte la cesura y en el segundo metro tengamos que contar con una resolución de la primera larga obligatoria. El último dato que nos interesa subrayar es el evidente dorismo de ὄνασις. Como vió Fränkel debemos hallarnos ante una cita literaria<sup>102</sup>, o el autor de la inscripción le dió deliberadamente una forma literaria paródica. En el primer caso habría copiado un verso, ya de por sí paródico y ais-crológico, y lo habría grabado en el vaso; en ambos es probable que el momento de la escritura coincidiese con una ocasión que justificaba la frase.

<sup>99</sup> Hansen, P. A.: 1983: *Carmina*, 454 (con errata en la fecha).

<sup>100</sup> La traducción dada por Almagro Basch, M.: 1952: *Las inscripciones*, 50, está próxima a la aquí apuntada en el tenor literal pero no en el sentido.

<sup>101</sup> Un ejemplo particularmente claro ilustra la voz «Pythokles, Pittore di» (p. 758) en la EncAA VI (1965), fig. 669 p. 579; varios son mencionados por Schauenburg, K.: 1974: «ΣΕΙΑΗΝΟΣ», 315-6. Agradezco a R. Olmos el que me indicase este artículo cuando hace años le pedí información sobre el tema; posteriormente él mismo se ha ocupado de la inscripción en Olmos, R.

& Sánchez, C.: 1995: «Usos», 132-3; su propuesta alternativa de ver en el verso una alusión al uso del cántaro en caso de vómito, aunque también tiene apoyo gráfico, se corresponde peor con el verbo λαπάσσω. Por otro lado la importancia del orinal en el banquete, por chocante que nos pueda parecer, queda clara en textos literarios como *Cjr.* VIII 8. 10, donde Jenofonte, comentando las austeras costumbres de los antiguos persas, en lo que tenían de llamativo para los griegos, menciona el no «llevar orinales a los banquetes», προχοίδας εἰσφέρεισθαι εἰς τὰ συμπόσια. Cf. también Heródoto I 133. 3.

<sup>102</sup> Fraenkel, E.: 1954: «Neues», 47.

Lo que no podríamos precisar, en el supuesto de que se trate de una cita, es a qué poeta, ni siquiera a qué género literario, hay que atribuir este verso. Fränkel pensó en un poeta del estilo de Cercidas<sup>103</sup>. Efectivamente no se oponen a esta idea los tres datos que el análisis interno del texto nos ofrece, el compuesto rebuscado y paródico, las irregularidades métricas y la contaminación dórica. Pero naturalmente deberíamos aceptar entonces la existencia de predecesores de Cercidas en el siglo IV, lo cual no es imposible pero tampoco está demostrado. Otra alternativa sería la comedia siciliana, aunque entre los compuestos de Epicarmo no he encontrado ninguno que pertenezca al mismo tipo que *καταλαπαξικοίλιον*. En todo caso, puesto que aunque no se trate de una cita, las alternativas que he considerado sirven, junto con la simple tradición yámbica simpósica, como indicación de los modelos disponibles para el autor de la inscripción, podemos afirmar que los ampuritanos del s. IV seguían en contacto con la tradición literaria griega, mantenían viva la tradición del banquete y no habían olvidado la relación que desde siempre existía entre éste y la poesía, tanto la más elevada como la más desenvuelta y de más bajos objetivos<sup>104</sup>.

Pero no faltan en Ampurias testimonios de aspectos más graves de la vida griega. Por desgracia es muy poco lo que la epigrafía nos enseña sobre el culto, aunque no es sino consecuencia de una carencia de información arqueológica que tal vez pueda ser remediada en el futuro. Indirectamente relacionadas con el problema están las letras en relieve, probablemente indicación alfabética de orden (EGH 2.55), sobre las antefijas de un templo de la segunda mitad del siglo V que ya había sido destruido cuando en el IV se construyó en el mismo lugar el templo tradicionalmente atribuido a Asclepio<sup>105</sup>. No cabe sin embargo asegurar que el trabajo sea ampuritano, aunque el alfabeto sea jonio como demuestra el uso de Ω, ya que la piedra está importada del sur de Francia y podría haber llegado elaborada o acompañada de los artesanos que iban a terminar in situ su trabajo.

Inscripciones anteriores a época imperial propiamente religiosas, aparte ocasionales invocaciones divinas, como la de Heracles en la segunda inscripción (EGH 2.49b) del cántaro jocoso ya comentado, sólo tenemos la ya tardía dedicada al *ἀγαθὸς δαίμων* (EGH 2.19), la piedra igualmente tardía, y muy fragmentaria, dedicada tal vez, aunque es muy inseguro, a las Ninfas (EGH 2.5), y la placa de *Themis* (EGH 2.7). La primera es una inscripción musivaria de características similares a la de la sala de banquete ya comentada, pero situada en zona de habitación. Su interpretación sería más segura si se confirmase la reciente propuesta de Schröder para ver una imagen de *Agathodaimon* en la famosa estatua tradicionalmente considerada de Asclepio<sup>106</sup>. Pero en todo caso la fórmula de saludo que acompaña al nombre del dios parece indicar que simplemente se expresa el deseo de que acuda a la vivienda y proteja a sus habitantes de acuerdo con su función característica, tanto en la versión primitiva de la divinidad como en la alejandrina popularizada en época helenística, de protector de la morada<sup>107</sup>.

La placa que indica «(propiedad) de *Themis*» o «(consagrado) a *Themis*» tiene un interés considerable, que según creo no se ha puesto nunca de relieve. Se trata de una pieza de caliza de 24'5 × 11'5

<sup>103</sup> *Loc. cit.*

<sup>104</sup> Hay otras inscripciones ampuritanas que corresponden al ámbito lúdico del banquete (EGH 2. 40) o que están relacionadas con otros aspectos de la vida griega cotidiana (EGH 2.41 y 2.42). Más difícil de ubicar por su estado fragmentario es EGH 2.38, que puede ser votiva o testimonio de un don privado. Fuera de Ampurias conviene recordar que el pecio de El Sec ha proporcionado un grafito también alusivo a la donación del recipiente (EGH 33.1).

<sup>105</sup> Sanmartí: 1990: «Emporion», 399-405; Sanmartí-Grego, E., Castanyer, P. & Tremoleda, J.: 1992: «Nuevos datos», 104-6.

<sup>106</sup> Schröder, S. F.: 1996: «El «Asclepio»; el A. llama la atención sobre el posible nexo entre el mosaico y su propuesta (pp. 231-3).

<sup>107</sup> Dunand, F.: 1981: «Agathodaimon», 277, y la bibliografía allí citada.

y sólo 4cm. de grueso, que en gran parte parece conservar sus bordes originales; es decir de ninguna manera un *boros* o mojón sino una placa para pegar a un muro, pero desde luego a baja altura y con posibilidad de ser contemplada de cerca puesto que las letras tienen 2'5 cm. de altura. Lo importante sería determinar la función del epígrafe; el lugar del hallazgo, el pozo del ágora helenística, tan sólo nos dice que debía encontrarse originalmente en la zona pública de la ciudad, pero el propio epígrafe es más explícito. Contra lo que se ha dicho no parece que pueda referirse a un espacio cuya función fuera servir de tribunal<sup>108</sup>, sino que hemos de ceñirnos al significado religioso de *Themis*<sup>109</sup>. Pero se trata de una divinidad de culto muy poco difundido<sup>110</sup>, y sería impensable que tuviese un recinto propio en un lugar tan modesto como Ampurias. Es más frecuente sin embargo que fuese venerada en asociación a otras divinidades, en especial a Zeus justiciero, a Némesis vengadora, o en su papel de antigua divinidad ctónica, a alguna divinidad oracular. Un pequeño espacio sacral cercado o un altar, dentro del témenos de otra deidad, parece la más probable localización de la placa de *Themis*, que por lo tanto nos indicaría a la vez la existencia, en el ágora o cerca de ella, de un no identificado culto mayor y de otro subsidiario a *Themis* en la época helenística a la que parecen corresponder las letras del epígrafe.

Si la epigrafía no nos informa apenas sobre la religión de los ampuritanos, menos aún lo hace sobre sus instituciones políticas. No contamos con una sola inscripción en que se mencione un magistrado, un cuerpo cívico o una medida legislativa, pero al menos sabemos, gracias a simples ladrillos marcados con la abreviatura de la palabra «público», ΔΗΜ (EGH 2.37)<sup>111</sup>, omnipresente en el mundo de la polis, que la comunidad ampuritana contaba con medidas oficiales y fabricaba al menos parte del material exigido por el desarrollo urbanístico de la ciudad<sup>112</sup>, es decir que se trataba en efecto no de una simple aglomeración sino de una auténtica *polis* o comunidad de ciudadanos asentada en un centro urbano.

Con la conquista romana de Hispania los testimonios epigráficos griegos cambian considerablemente de signo. Hasta ahora han sido indicio de contactos comerciales con griegos de Grecia propia o de las colonias del Mediterráneo central, y muestra directa de la cultura de los escasos griegos instalados en Hispania. A partir de ahora serán sobre todo, al margen del episodio de perduración cultural ampuritana durante la República, pruebas de la presencia de súbditos orientales del Imperio en los territorios occidentales, más o menos como las que podemos encontrar en Francia, en el norte de Africa, en Germania, e incluso en Italia, aunque no tan abundantes como en ésta por supuesto. No me ocuparé aquí de esta segunda fase de la historia de la epigrafía griega en Hispania; señalaré de pasada el interés de los testimonios sobre las religiones orientales<sup>113</sup>, la importancia del epígrafe de Córdoba (EGH 23.3), atribuible con gran probabilidad al escritor Arriano de Nicomedia, la curiosa vinculación que parece existir entre las inscripciones griegas cristianas de la Península y la presencia de mercaderes sirios<sup>114</sup>, y por último, como curiosa para-

<sup>108</sup> Almagro Basch, M.: 1952: *Las inscripciones*, 26.

<sup>109</sup> Ya visto por N. d'Olwer, citado por Almagro, aunque él pensaba en un *boros*.

<sup>110</sup> Prácticamente apenas si se lo menciona en obras como Burkert, W.: 1977: *Griechische*, o Nilsson, M. P.: 1941-50: *Geschichte*. Algo más atención le presta Wilamowitz, U. von: 1959<sup>3</sup>: *Der Glaube* I, 203-7. Ver sobre todo Latte, K.: 1934: «Themis».

<sup>111</sup> Es sorprendente la noticia sobre una inscripción del mismo tipo procedente de Sagunto (EGH 9.3).

<sup>112</sup> Plana, R.: 1994: *La chora*, 128.

<sup>113</sup> Vid. EGH, índice V.

<sup>114</sup> En general García Moreno, L. A.: 1972: «Colonias». Hay que señalar sin embargo los escasos testimonios de griegos u otros orientales recogidos en Balil, A.: 1954: «La economía», 265-7, y el hecho de que procedan exclusivamente de epígrafes latinos. No parece haber testimonios directos en griego de la actividad de artistas y artesanos griegos, aunque la epigrafía latina da testimonio de un cierto número de *cognomina* griegos, inferior al de latinos y comparable al de indígenas: Gimeno, H.: 1988: *Artesanos*, 75.

doja, que la única inscripción en que se ha visto un testimonio oficial del dominio bizantino en el sur de España esté, no en griego, sino en latín<sup>115</sup>. Pero todo esto queda en realidad fuera del tema propuesto, constituye testimonio de un mundo muy diferente del de los griegos independientes y localistas, emprendedores de aventuras muy superiores a la pequeñez de sus recursos y su número, que han encontrado en las costas de la Península Ibérica una última meta de sus ambiciones —penúltima para algunos aún más atrevidos como el marsellés Piteas— y un paisaje mediterráneo en el que el olivo y la viña encuentran su ambiente natural, donde fundar no una Magna Grecia sino una pequeña, diminuta Grecia, pero Grecia al fin y al cabo como nos lo demuestran los documentos epigráficos que acabamos de repasar. No muy importantes, no muy numerosos, constituyen sin embargo un testimonio suficiente de civilización helénica, más directo que el de las fuentes literarias, más explícito que el de los documentos arqueológicos.

JAVIER DE HOZ  
Universidad Complutense

#### BIBLIOGRAFÍA

- Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria, 1985)*: 1987: Vitoria/Gasteiz = *Studia Paleohispanica, Veleia* 2-3.
- Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia 1989)*: Salamanca = *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*: 1993.
- Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Coimbra 1994)*: Salamanca = *La Hispania Prerromana*: 1995.
- ALMAGRO BASCH, M.: 1952: *Las inscripciones ampuritanas, griegas, ibéricas y latinas*, Barcelona.
- ALMAGRO-GORBEA, M.: 1982: «La "colonización" focense en la Península Ibérica», *I Focei*, 432-44.
- , 1983: «Colonizzazione e acculturazione nella penisola Iberica», *Forme di contatto*, 429-61.
- , 1986: «Bronce Final y Edad del Hierro», F. JORDÁ et alii, *Historia de España I. Prehistoria*, Madrid, 341-542.
- ALMAGRO-GORBEA, M. & RUIZ ZAPATERO, G., eds.: 1993: *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid (= *Complutum* 2-3, 1992).
- ARANEGUI C., JODIN A., LLOBREGAT E., ROUILLARD P., UROZ J.: 1993: *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*, Madrid-Alicante.
- ARRIBAS, A., TRIAS, M.ª G., CERDÁ, D. & DE HOZ, J.: 1987: *El barco de El Sec*, Mallorca.
- AUBET, M. E.: 1977-78: «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico», *Pyrenae* 13-14, 81-107 (= «Zur Problematik des orientalisierenden Horizontes auf der Iberischen Halbinsel», pp. 309-35 de H. G. Niemeyer Hrgs., *Phönizier im Westen*, Mainz 1982).
- , 1984: «La aristocracia tartésica durante el período orientalizante», *Opus* 3, 1984, 445-68.
- AUBET, M.ª E., ed.: 1989: *Tartessos*, Barcelona.
- BALIL, A.: 1954: «La economía y los habitantes no hispánicos del Levante Español durante el Imperio Romano», *APL* 5, 251-73.
- DEL BARRIO, M.ª L.: 1992: *Epigramas funerarios griegos*, Madrid.
- BARRON, J. P.: 1966: *The Silver Coins of Samos*, London.
- BARRUOL, G.: 1973: «Les Elisyques et leur capital, Naro/Narbo», *Narbonne, archeologie et histoire. 45ème Congrès de la Fédération historique du Languedoc méditerranéen et du Roussillon (Narbonne 1972)*, 49-63.
- BELÉN, M.ª & ESCACENA, J. L.: 1993: «Las comunidades prerromanas de la Andalucía Occidental», ALMAGRO-GORBEA, M. & RUIZ ZAPATERO, G., eds.: 1993: *Paleoetnología*, 65-87.
- BENDALA, M.: 1990: «Tartessos hoy a la luz de los datos arqueológicos y literarios», *La cultura tartésica y Extremadura*, 11-27.

<sup>115</sup> Vives, J.: 1969<sup>2</sup>: *Inscripciones*, n.º 362.

- BENDALA, M. & CORZO, R.: 1993: «Etnografía de la Andalucía Occidental», M. ALMAGRO ed., *Paleoetnología*, 89-99.
- BIETTI SESTIERI, A.-M.: 1992: *The Iron-Age Community of Osteria dell'Osa*, Cambridge.
- BLÁZQUEZ, J. M.<sup>a</sup>, et alii: 1980: *Historia de España Antigua I. Protobistoria*, Madrid.
- BLECH, M.: 1990: «Los griegos en Iberia», DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. ed., *Historia de España* 1, 470-509.
- BONET, H.: 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*, Valencia.
- BRAVO, B.: 1974: «Une lettre sur plomb de Berezan», *Dialogues d'histoire ancienne* 1, 111-87.
- BRUNEAU, Ph.: 1988: «Philologie mosaïstique», *Journal des Savants*, 3-73.
- BURKERT, W.: 1977: *Griechische Religion der archaischen und klassischen Epoche*, Stuttgart.
- CABRERA, P.: 1994: «Importaciones griegas arcaicas del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», CABRERA, P., OLMOS R. & SANMARTÍ, E., Coordinadores, *Iberos* 1, 97-121 (vid. DE HOZ, J.: 1994: «Apéndice»).
- , 1995: «Cerámicas griegas en Tartessos: su significado en la costa meridional de la Península desde Málaga hasta Huelva», *Tartessos 25 años*, 387-99.
- CABRERA, P., OLMOS R. & SANMARTÍ, E., Coordinadores: 1994: *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad* I-II, Huelva (= *Huelva arqueológica* XIII 1 y 2).
- CELESTINO, S. ed.: 1995: *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en occidente*, Jerez de la Frontera.
- CORNELL, T. J.: 1995: *The Beginnings of Rome*, London & New York.
- La cultura tartésica y Extremadura*: 1990: Museo Nacional de Arte Romano, Mérida.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. ed.: 1990: *Historia de España* 1, Barcelona.
- DORNSEIFF F. & HANSEN B.: 1957: *Rückläufiges Wörterbuch der griechischen Eigennamen*, Berlin.
- DUBOIS, L.: 1989: *Inscriptions grecques dialectales de Sicile*, Roma.
- DUNAND, F.: 1981: «Agathodaimon», *LIMC* I 1, 277-82.
- ELH = *Enciclopedia lingüística hispánica* I: 1960: dirigida por M. Alvar et alii, Madrid.
- EncAA = *Enciclopedia dell'arte antica classica e orientale* I-VII: 1958-66: Roma.
- FABRE, G., MAYER, M. & RODÀ, J.: 1991: *Inscriptions romaines de Catalogne III: Gerone*, Paris.
- FERNÁNDEZ-CHICARRO, C.: 1959: «Algunos epígrafes griegos españoles inéditos», *Atti del III Congresso Internazionale di Epigrafia Greca e Latina*, Roma, 299-302.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D. ed.: 1989: *Actas de la Mesa Redonda hispano-francesa sobre Mosaicos Romanos en España*, Madrid.
- FERNÁNDEZ JURADO, J.: 1984: *La presencia griega arcaica en Huelva*, Huelva.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. & OLMOS, R.: 1985: «Una inscripción jonia arcaica en Huelva», *Lucentum* 4, 107-113.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J.: 1980: «Los griegos en España», BLÁZQUEZ, J. M.<sup>a</sup>, et alii, *Historia*, 553-80.
- I Focci dell'Anatolia all'Oceano*, 1982, Napoli (= *PP* 204-7, pp. 161-500).
- Forme di contatto e processi di trasformazione nella società antiche*: 1983: Pisa & Roma.
- FRAENKEL, E.: 1954: «Neues Griechisch in Graffiti», *Glotta* 34, 45-7.
- FRASER, P. M. & MATTHEWS, E. eds.: 1987, 1994: *A Lexicon of Greek Personal Names, I. The Aegean Islands. Cyprus. Cyrenaica, II. Attica* (ed. by M. J. Osborne & S. G. Byrne), Oxford.
- FURTWÄNGLER, A.: 1978: *Monnaies grecques en Gaule*, Fribourg.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.: 1948: *Hispania Graeca* I-II, Barcelona.
- , 1948: «La inscripción ibérica fechada más antigua», *AEspA* 21, 81.
- GARCÍA-BELLIDO, M.<sup>a</sup> P.: 1990: «El plomo de Pech-Maho», *Acta numismática* 20, 15-8.
- , 1994: «Las relaciones económicas entre Massalia, Emporion y Gades a través de la moneda», *Iberos y griegos* 2, 115-49.
- GARCÍA MORENO, L. A.: 1972: «Colonias de comerciantes orientales en la península ibérica, S. V-VII», *Habis* 3, 127-54.
- GIMENO, H.: 1988: *Artisanos y técnicos en la epigrafía de Hispania*, Barcelona.
- GONZÁLEZ PRATS, A.: 1983: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Alicante.
- Grecs et ibères au IV<sup>e</sup> siècle avant Jésus-Christ*: 1987: Bordeaux (= *REA* 89 3-4).
- Les grecs et l'occident*: 1995: Actes du colloque de la villa «Kérylos» (1991), Roma.
- GUARDUCCI, M.: 1952: «Inscrizioni Greche su vasi locali de Caere», *ArchClass* 4, 241-4.
- , 1974: *Epigrafia greca*, III, Roma.
- HANSEN, P. A.: 1983: *Carmina epigraphica Graeca saeculorum VIII-V a.Chr.n.*, Berlin-New York.
- HOLLOWAY, R. R.: 1994: *The Archaeology of Early Rome and Latium*, London & New York.
- Homenaje a Sáenz de Buruaga*: 1982: Madrid.

- DE HOZ, J.: 1970: «Un grafito griego de Toscanos y la exportación de aceite ateniense en el siglo VII», *MM* 11, 102-9.  
 —, 1979: «Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la Península», *AEA* 52, 227-50.  
 —, 1983: «Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península ibérica», *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo* I, 351-396.  
 —, 1983: «Algunas consideraciones sobre los orígenes del alfabeto griego», J. A. FERNÁNDEZ DELGADO ed., *Estudios metodológicos sobre la lengua griega*, Cáceres.  
 —, 1984: «Los grafitos de El Cigarralejo y los signos mercantiles griegos en Hispania», *Boletín de la Asociación española de los amigos de la Arqueología* 19, 11-4.  
 —, 1987: «La escritura greco-ibérica», *Actas IV*, 285-98.  
 —, 1987: «Les graffites mercantiles en Occident et l'épave d'El Sec», *Grecs et ibères*, 117-30.  
 —, 1987: «La epigrafía del Sec y los grafitos mercantiles en Occidente», A. ARRIBAS, M.<sup>a</sup> G. TRÍAS, D. CERDA & J. DE HOZ, *El barco de El Sec*, Mallorca, 605-50.  
 —, 1989: «La epigrafía focea vista desde el extremo occidental», *Actas del VII Congreso español de estudios clásicos (Madrid, 20-24 de abril de 1987)* III, Madrid, 179-87.  
 —, 1989: «Las fuentes escritas sobre Tartessos», M. E. AUBET ed., *Tartessos*, 25-43.  
 —, 1989: «El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional», M. E. AUBET ed., *Tartessos*, 523-87.  
 —, 1992: «Graffiti», *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, s. l. (Brepols), 195-6.  
 —, 1993: «La lengua y la escritura ibéricas, y las lenguas de los iberos», *Actas del V Coloquio*, 635-66.  
 —, 1993: «Las sociedades paleohispánicas del área no indoeuropea y la escritura», *AEspA* 66, 3-29.  
 —, 1994: «Las «madres que prestan oídos». Un epíteto griego traducido al galó», *ΧΑΡΙΣ ΔΙΔΑΣΚΑΛΕΙΑΣ. Homenaje al Profesor Luis Gil*, Madrid, 187-95.  
 —, 1994: «Apéndice: El grafito griego de Guadalhorce», CABRERA, P., OLMOS R. & SANMARTÍ, E., Coordinadores, *Iberos I*, 122-5 (vid. Cabrera, P.: 1994: «Importaciones»).  
 —, 1994: «Griegos e iberos. Testimonios epigráficos de una cooperación mercantil», CABRERA, P., OLMOS R. & SANMARTÍ, E., Coordinadores, *Iberos II*, 243-71.  
 —, 1995: «Escrituras en contacto: ibérica y latina», *Roma y el nacimiento*, 57-84.  
 —, 1995: «El origen de las escrituras paleohispánicas quince años después», *Actas del VI Coloquio*, 171-206.  
 —, en prensa (1994): «Los negocios del señor Heronoiyos. Un documento mercantil, jonio clásico temprano, del Sur de Francia», *Estudios actuales sobre textos griegos*, Madrid.
- DE HOZ, M.<sup>a</sup> P.: 1994: «Aspectos formales y tópicos de los contratos privados sicilianos», *Emerita* 62, 325-51.  
 —, en prensa: «Epigrafía griega en Hispania».
- HUBSCHMID, J.: 1960: «Toponimia prerromana», *ELH* 447-93.
- IMMERWAHR, H. R.: 1990: *Attic Script. A Survey*, Oxford.
- JANNORAY, J.: 1955: *Enserune. Étude des civilisations préromaines de la Gaule méridionale*, Paris.
- JEFFERY, L. H.: 1990: *The Local Scripts of Archaic Greece*, revised ed. w. suppl. by A. W. JOHNSTON, Oxford.
- JOHNSTON, A.: 1978: «Some non-Greek ghosts», *BICS* 25, 79-84.  
 —, 1979: *Trademarks on Greek Vases*, Warminster, Wiltshire.
- JOHNSTON, A. & JONES, R. E.: 1978: «The "SOS" amphora», *B&A* 73, 103-41.
- JORDAN, J.: «Two inscribed lead tablets from a well in the Athenian Kerameikos», *AM* 95, 1980, 225-39.
- KRAHE, H.: 1955: «Zu einer «messapischen» Inschrift», *Glotta* 34, 296-8.
- LATTE, K.: 1934: «Themis», *RE V A*, 2, Stuttgart, coll. 1626-30.
- LEJEUNE, M.: 1985: *Recueil des Inscriptions Gauloises I. Textes gallo-grecs*, Paris.  
 —, 1991: «Ambigüités du texte de Pech-Maho», *REG* 104, 311-29.
- LEJEUNE, M. & POUILLOUX, J.: 1988: «Une transaction commerciale ionienne au -Ve siècle à Pech-Maho», *CRAI*, 526-36.
- LEJEUNE, M., J. POUILLOUX & Y. SOLIER: 1988 (= 1990): «Étrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)», *RAN* 21, 19-59.
- LIMC = *Lexikon Iconographicum Mythologiae Classicae*: 1981-: Zürich & München.
- LGPN = FRASER, P. M. & MATTHEWS, E. eds.: 1987, 1994: *A Lexicon*.
- La Magna Grecia e il lontano Occidente*: 1990: *Atti del ventinovesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto 1989*, Taranto.
- MASSON, O.: 1985: «Le curieux nom d'un Marseillais chez Aristote: Hermokaïkoxanthos», *J.Sav.*, 17-23 (= *Onomastica*, 475-81).  
 —, 1990: *Onomastica Graeca Selecta I-II*, Paris-Nanterre.

- MILLER, A. P.: 1973: *Studies in Early Sicilian Epigraphy: An Opisthographic Lead Tablet*, Diss., University of North Carolina, Chapel Hill.
- MLH = Untermann, J.: 1975/1980/1990: *Monumenta Linguarum hispanicarum. I. Die Münzlegenden. II. Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich. III. Die iberischen Inschriften aus Spanien*, Wiesbaden.
- MUSSO, O.: 1986-89: «Il piombo iscritto di Ampurias: Note linguistiche e datazione», *Empuries* 48-50 II, 156-9.
- NIEMEYER, H. G.: 1979-80: «A la búsqueda de Mainake: el conflicto entre los testimonios arqueológicos y escritos», *Habis* 10-11, 279-302.
- , 1980: «Auf der Suche nach Mainake: der Konflikt zwischen literarischer und archäologischer Überlieferung», *Historia* 29, 165-85.
- , 1984: «Griechische Keramik in phönizischen Faktoreien. Der Befund der Kampagne 1967 in Toscanos (Málaga)», *Ancient Greek and Related Pottery*, Amsterdam, 212-7.
- , 1986: «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función», DEL OLMO, G. & AUBET, M. E. eds., *Los fenicios* I, 109-26.
- , 1990: «The Greeks and the Far West. Towards a revaluation of the archaeological record from Spain», *La Magna Grecia*, 29-53.
- NIEMEYER, H. G. ed.: 1982: *Phönizier im Westen*, Mainz.
- NILSSON, M. P.: 1941-50: *Geschichte der Griechischen Religion* I-II, München.
- OLMOS, R.: 1977: «La kylix de Medellín. Un ensayo de interpretación iconográfica y comercial», *Rev. Arch. Bibl. Mus.* 80, 867-87.
- , 1989: «Hedykoitos y Agathos Daímon. Inscripciones de dos mosaicos tardohelenísticos de Ampurias», FERNÁNDEZ-GALIANO, D. ed., *Actas*, 43-59.
- OLMOS, R. & GARRIDO, J. P.: 1982: «Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar», *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, 243-64.
- OLMOS, R. & SÁNCHEZ, C.: 1995: «Usos e ideología del vino en las imágenes de la Hispania prerromana», CELESTINO, S. ed., *Arqueología del vino*, 104-36.
- PAPE, W. & BENSELER, E.: 1863-1870<sup>3</sup>: *Wörterbuch der griechischen Eigennamen*, Braunschweig (Graz 1959)
- PEEK, W.: 1955: *Griechische Versinschriften* I, Berlin.
- PENA, M. J.: 1993: «Avieno y las costas de Cataluña y Levante (II). *Hemeroskopeion-Dianium*», *Faventia* 15, 61-7.
- PLANA, R.: 1994: *La chora d'Emporion*, Besançon.
- POWELL, B. B.: 1991: *Homer and the Origin of the Greek Alphabet*, Cambridge.
- RIDGWAY, D.: 1984: *L'alba della Magna Grecia*, Milano.
- ROBERT, L.: 1968: «Noms de personnes dans Marseille grecque», *Journal des Savants*, 197-215.
- Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*. 1995: F. Beltrán editor, Zaragoza.
- ROUILLARD, P.: 1991: *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIII<sup>e</sup> siècle au IV<sup>e</sup> siècle avant Jésus-Christ*, Paris.
- RUIZ MATA, D.: 1995: «El vino en época prerromana en Andalucía occidental», Celestino, S. ed., *Arqueología del vino*, 157-212.
- SANMARTÍ-GREGO, E.: 1982: «Les influences méditerranéennes au Nord-Est de la Catalogne à l'époque archaïque et la réponse indigène», *I Focci*, 281-303.
- , 1988 (= 1990): «Una carta en lengua ibérica, escrita sobre plomo, procedente de Emporion», *RAN* 21, 95-113.
- , 1990: «Emporion, port grec à vocation iberique», *La Magna Grecia*, 389-410.
- , 1992: «*Massalia et Emporion*: une origine commune, deux destins différents», *Marseille grecque et la Gaule*, 27-41.
- , 1995: «La présence grecque en Péninsule Ibérique à l'époque archaïque», *Les grecs et l'occident*, 71-82.
- SANMARTÍ-GREGO, E., CASTANYER, P. & TREMOLEDA, J.: 1992: «Nuevos datos sobre la historia y la topografía de las murallas de Emporion», *MM* 33, 102-12.
- SANMARTÍ-GREGO, E. & SANTIAGO, R. A.: 1988 (= 1990): «La lettre grecque d'Emporion et son contexte archéologique», *RAN* 21, 3-17.
- SANTIAGO, R. A.: 1990: «En torno a los nombres antiguos de Sagunto», *Saguntum* 23, 123-40.
- , 1993: «Epigrafía dialectal emporitana», *Dialectologica Graeca*, 281-94.
- SCHAUENBURG, K.: 1974: «ΣΕΙΑΗΝΟΣ ΟΥΡΩΝ», *MDAI(R)* 81, 313-6.
- SHEFTON, B. B.: 1982: «Greek and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence», Niemeyer, H. G. ed., *Phönizier*, 337-70.
- SCHRÖDER, S. F.: 1996: «El «Asclepio» de Ampurias: ¿una estatua de *Agathodaimon* del último cuarto del siglo II aC?», *II Reunión sobre escultura romana a Hispania*, Tarragona, 223-37.

- SOLIER, Y.: 1976/1978: «La culture ibéro-languedocienne aux VI<sup>e</sup>-V<sup>e</sup> siècles», *Ampurias* 38/40, 211-264.
- , 1979: «Découverte d'inscriptions sur plombs en écriture ibérique dans un entrepot de Pech Maho (Sigeon)», *RAN* 12, 55-123.
- SOLIER, Y. & BARBOUTEAU, H.: 1988 (= 1990): «Découverte de nouveaux plombs, inscrits en ibère, dans la région de Narbonne», *RAN* 21, 61-94.
- Tartessos 25 años después*: 1995: Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez de la Frontera.
- TOD, M. N.: 1933, 1948: *A selection of Greek historical inscriptions* I-II, Oxford.
- TRÍAS, G.: 1967-68: *Cerámicas griegas de la Península Ibérica* I-II, Valencia.
- TRILLMICH, W.: 1990: «Early Iberian Sculpture and "Phocaeen Colonization"», J.-P. Descœudres ed., *Greek Colonists*, 607-11.
- Unidad y pluralidad en el Mundo Antiguo*: 1983: *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos* I-II, Madrid.
- J. UNTERMANN: 1969: «Lengua ibérica y lengua gala en la Galia Narbonensis», *APL* 12, 99-161.
- , 1975/1980/1990: *Monumenta Linguarum hispanicarum. I. Die Münzlegenden. II. Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich. III. Die iberischen Inschriften aus Spanien*, Wiesbaden.
- , 1979: «Eigennamen auf iberischen Inschriften», *Actas II Coloquio*, 41-67.
- , 1980: «Les inscriptions préromaines et la langue indigène du Roussillon», *Ruscino* I, 103-6. Paris.
- , 1987: «Repertorio antropónimo ibérico», *APL* 17, 289-318.
- , 1987: «La gramática de los plomos ibéricos», *Actas* IV, 35-56.
- , 1992 (= 1993): «Quelle langue parlait-on dans l'Hérault pendant l'antiquité?», *RAN* 25, 19-27.
- VALLET, G.: 1962: «L'introduction de l'olivier en Italie centrale d'après les données de la céramique», *Hommages à Albert Grenier* III, Bruxelles, 1554-63.
- VELAZA, J.: 1992: «Βασπεδ- sur le plomb grec d'Emporion: un anthroponyme ibérique?», *BN* 27, 264-7.
- VIVES, J.: 1969<sup>2</sup>: *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona.
- WILAMOWITZ, U. von: 1959<sup>3</sup>: *Der Glaube der Hellenen* I-II, Darmstadt.